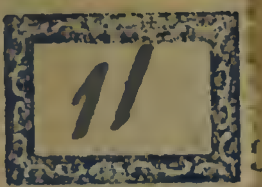


EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

SIN FAMILIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS.—2-2.°
1885.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.

SIN FAMILIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de LA COMEDIA la noche del [illegible] de Diciembre de 1882.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, principal.

1885.

PERSONAJES.	ACTORES.
RUFINA	SRA. FERNANDEZ.
GABRIELA	SRTA. GORRIZ.
JULIA	LAMADRID.
HORTENSIA	GALINDEZ.
CÁRLOS	SRES. MARIO.
PEPE	AGUIRRE.
ENRIQUE	ROMEA.
ERNESTO	SANCHEZ DE LEON.

ACTO PRIMERO.

Despacho amueblado con lujo: dos puertas á la izquierda; á la derecha puerta en primer término, balcon en segundo, puerta en el fondo; mesa de despacho y sillon á la derecha; á la izquierda velador con gran tapete que le cubre; entre las dos puertas de la izquierda chimenea; sobre la mesa de despacho recado de escribir, cigarrera y muchos libros; sobre el velador quinqué; sobre la chimenea gran espejo y una Vénus de mármol: en la pared del fondo, á un lado de la puerta, un cuadro de asunto atrevido; al otro una panoplia con armas; sobre una silla un baston; en otras varias un sombrero, un gaban, periódicos y libros, y en todas partes cierto desórden y confusion.

ESCENA PRIMERA.

RUFINA, CÁRLOS.

Es de noche: quinqué encendido sobre el velador; Cárlos y Rufina juegan á las cartas: Rufina baraja.

CARLOS. Vamos á ver si me ganas.
RUFINA. Vaya si le ganaré.
CARLOS. Porque tienes mucha suerte.
RUFINA. ¡Porque tengo mucho aquel!
CARLOS. ¿Y qué es mucho aquel?
RUFINA. Talento.
CARLOS. Tienes cuanto hay que tener.
(Rufina dá las cartas.)
RUFINA. Pintan espadas.

CARLOS. ¿Espadas?
No tengo ni una.
RUFINA. Yo tres.
CARLOS. Ahí vá un oro. (Echando.)
RUFINA. (Jugando.) El as de oros.
CARLOS. Ya he empezado á padecer.
RUFINA. Allá vá un cuatro. (Echando.)
CARLOS. (Jugando.) Yo un cinco.
Ni un tanto. Por vida de...
Ahí vá un basto.
RUFINA. El as de bastos.
CARLOS. ¡Tú tienes un almacen
de ases!
RUFINA. Aún me quedan dos.
Allá vá un cinco.
CARLOS. Yo un seis.
No hago nada. Ahí vá una copa.
RUFINA. El as de copas.
CARLOS. Mujer.
Esto es demasiado ya.
RUFINA. ¡El as! ¡El as! lo vé usted.
CARLOS. Sigamos.
RUFINA. (Tendiendo las cartas.) Tute de reyes.
CARLOS. ¡Pero Rufina, otra vez!
RUFINA. El otro fué de caballos.
CARLOS. El otro. Si llevas cien.
RUFINA. Una peseta.
CARLOS. (Dando el dinero.) Allá vá.
Como llegues á perder,
un abrazo.
RUFINA. Es lo tratado,
más como no perderé.
CARLOS. ¡Pero, qué suerte la tuya!
RUFINA. ¡Y qué sombra la de usted!
Pero en cambio en amoríos
le debe haber ido bien.
Señorito, ¿cuántas novias
ha tenido?
CARLOS. Yo que sé.
RUFINA. Alguna morena.
CARLOS. Vaya.
RUFINA. Y alguna rubia...

CARLOS. Tambien,
y castañas.
RUFINA. Que le dieron.
CARLOS. Y que supe devolver,
y hasta una mulata.
RUFINA. ¿Sí?
¡Qué gusto!
CARLOS. No me paré
en colores. Y una negra
de Angola.
RUFINA. ¡De Angola!
CARLOS. Pues.
RUFINA. ¿Y en qué provincia está eso?
CARLOS. En la Alcarria.
RUFINA. Buena miel.
Y diga usted, señorito,
¿por qué no se casa usted?
CARLOS. Porque soy jóven aun.
RUFINA. Si tiene cuarenta y tres.
CARLOS. Pero parezco un muchacho
sin arrugas en la piel.
¿Casarme? No me conviene,
Rufinita. ¡Para qué!
¿Para tener una esposa
que pesadumbres me dé
y una suegra que me grite
con su cara de Luzbel,
y chicos con sarampion
y muebles sin componer,
y bolsillo sin dinero
y siempre ceño de juez?
Yo soy libre, independiente,
soltero. Así viviré,
sin familia, sin familia,
que es como se vive bien.
RUFINA. Bien pensado, señorito.
¿Para qué quiere traer
una mujer que le gaste
en trapos, en sólo un mes,
la renta de todo un año
y le haga tragar más hiel?
Ahora ninguno le manda,

hace lo que quiere hacer.
Si quiere paz, santa paz,
si quiere belen, belen,
si trasnochar, trasnochar.
Nadie le ha de reprender.
Y en su casa, ¿qué le falta?

CARLOS. En tí un tesoro encontré.
Ama de llaves, doncella
y cocinera, tú el rey
de mi casa, secretario,
administrador.

RUFINA. Y á fé
que no le administro mal,
y eso que usted gasta bien.

CARLOS. Eres una joya.

RUFINA. Vaya,
una joya de doublé.

CARLOS. Siempre dispuesta y tan lista,
con la gracia del perchel,
y un talento natural,
y bonita.

RUFINA. Que he de ser.

CARLOS. Tienes dos ojos más negros
que la endrina, creeme

RUFINA. No me llame usted indina,
señorito.

CARLOS. No, mujer.
Y manos, como la nieve.
¡Lástima que el almirez
machaque tan lindos dedos
con uñas de rosicler!
¡Y qué cintura! Tamaña.
¡Y el pié! ¿Me enseñas el pié?

RUFINA. Vaya, á jugar y á callarse,
ó me marcho.

CARLOS. Callaré.
¡Monísima, remonísima!

RUFINA. Silencio, y baraje usted.
(Cárlos recoge las cartas de manos de Rufina, y al paso se apodera de una de ellas.)
¡Eh! que me coge las manos
en vez de los naipes.

CARLOS. Si es
que nací tan distraido.
RUFINA. Eche usted: vamos á ver.
(Cárlos baraja mirando á Rufina.)
CARLOS. ¡Helas, helas!
RUFINA. ¿Tiene el as?
CARLOS. Si es que me quejo en francés.
(Se oye la campanilla.)
¿Llaman?
RUFINA. Será algun amigo.
¡En qué ocasion!
CARLOS. ¿Y qué hacer?
RUFINA. ¡Ay, qué amigos de mi alma!
(¡Malditos sean, amén!)
CARLOS. Deja, ya abrirá Ramon,
el lacayito.
RUFINA. Yo iré. (Sale por el fondo.)

ESCENA II.

CÁRLOS, luego RUFINA.

CARLOS. ¡Esto es horrible, increible,
imposible! Lo diré
bajito, en secreto. Estoy
enamorado, ¿de quién?
¡de la criada, Dios mío!
¡De la criada, el que fué
el don Juan de los salones,
de los galanes la prez!
Por quien lloraron duquesas
y condesas á granel,
y falleció de una tísis
galopante una mujer,
muere por una princesa
del barrio de Lavapiés.
¡Oh, sino del solteron,
de mí, flores, aprended!
RUFINA. (Entrando.) Señorito, una señora
desea verle.
CARLOS. ¿Quién es?
RUFINA. No quiere decir su nombre.

CARLOS. ¿Y el rostro?
RUFINA. No se le ve:
le oculta.
CARLOS. Dila que pase.
(Sale Rufina, fondo.)
¡Aventura debe ser!
Vamos á ver cómo estoy!
(Se arregla la corbata al espejo.)
Yo tambien tengo mi aquel,
como dice la Rufina,
y aún estoy de muy buen ver.

ESCENA III.

CÁRLOS, JULIA.

CARLOS. Siento el roce de un vestido.
(Aparece Julia en el fondo con el velo á la cara.)
Adelante, pase usté.
(No tiene mal aire á fé;
nunca tal me ha sucedido.
Todo inquieta lo examina.)
Estamos solos, señora:
puede descubrirse ahora.
No tema. (Será divina.)
JULIA. (Descubriéndose.) ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Julia, usted!
JULIA. Sí, yo.
CARLOS. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?
¿Cómo á tal hora en mi casa?
¿Está malo Pepe?
JULIA. No,
no está malo mi marido.
CARLOS. Respiro.
JULIA. No, cálmese;
he venido á ver á usté
sin que él sepa que he venido.
CARLOS. (¿Qué es esto?)
JULIA. (Agitada.) Tengo que hablarle.
CARLOS. Pero siéntese, señora. (Se sientan.)
JULIA. Vengo á tan extraña hora
porque temía encontrarle.
CARLOS. Á estas horas no vendrá;

digo, me parece á mí.

JULIA. ¿Pero estamos solos? (Inquieta.)

CARLOS. Sí.
Ya puede hablar. (¿Qué será?)

JULIA. Hablaré; pero por Dios
prometa usted...

CARLOS. Yo prometo
cuanto quiera.

JULIA. Es un secreto
que morirá entre los dos.

CARLOS. Sin duda... (Es encantadora.)
Yo lo juro.

JULIA. Así lo espero.
Es usted un caballero.

CARLOS. Soy una tumba, señora.

JULIA. Aún más cerca.

CARLOS. (Acercándose.) (Eso me agrada.)
Espero ya que me diga.

JULIA. Cárlos, yo tengo una amiga,
la pobre muy desgraciada.

CARLOS. ¿Muy desgraciada?

JULIA. Sin duda:
casada.

CARLOS. Comprendo ya
su desgracia. Lo será
hasta que se quede viuda.
Y él vivirá desgraciado
de seguro. ¡Qué demonio!
¡Ay! señora, el matrimonio
no trae otro resultado.

JULIA. Esta mujer, que en conciencia
adoraba á su marido,
en su vida ha cometido
una terrible imprudencia,
imprudencia que confió
á quien con usted departe.

CARLOS. Veo que toma gran parte
en sus penas.

JULIA. ¿Cómo no?
Siempre sus quejas escucho.
Mi amiga es, mi compañera.
¡La quiero de tal manera!

CARLOS. Todo eso la honra á usted mucho.
Tiene usted muy generosos
arranques, nobles intentos,
muy hermosos sentimientos
y unos ojos muy hermosos.

JULIA. ¡Cárlos!

CARLOS. ¿Se ha enfadado? No,
no hablo. (Si amores no digo
á la mujer de un amigo,
¿para quién los guardo yo?)
Con que su amiga...

JULIA. Confío
en que usted...

CARLOS. Promesas hartas
he dado.

JULIA. Escribió unas cartas
á un amigo suyo.

CARLOS. ¿Mío?

JULIA. Suyo. Accion tan imprudente
le hace vivir angustiada.

CARLOS. ¿Mas ya casada?

JULIA. Casada.

CARLOS. ¿Cartas de aquí? (Señalando el corazon.)

JULIA. Justamente.

CARLOS. ¿Y ese amigo?

JULIA. Fausto.

CARLOS. ¡Él!
¡Desgraciado amigo mío
tambien! Muerto en desafío
no hace mucho.

JULIA. (¡Suerte cruel!)

CARLOS. De un golpe recto, tremendo,
su adversario le tendió,
y en mis brazos espiró
como un bravo sonriendo.
Fiel á su memoria soy.

JULIA. Por eso he venido á usté.
Su amigo constante fué.
Su testamentario es hoy.
Tantas amarguras crueles
por usted su fin tendrán,
porque en su poder están

sus llaves y sus papeles.
Acudo á su buena fé,
á su lealtad conocida.
¡Vea que estoy comprometida
yo!

CARLOS. ¿Comprometida usté?

JULIA. He prometido buscarlas.
Para ello he venido hoy.
Por eso digo que estoy
comprometida... á llevarlas.

CARLOS. Soy de los amigos fieles.
No me tiene que rogar.
No he podido revisar
todavía sus papeles;
pero tranquilice usté
á su amiga y dígala
que ninguno lo sabrá,
que yo se los llevaré,
y pues la verdad acierto
en voz baja y suave modo
dígala que muerto y todo
estoy envidiando al muerto!

JULIA. Busqué un caballero aquí
y un caballero encontré.
Nunca. nunca olvidaré.
Gracías por ella y por mí.

CARLOS. ¡Oh! no las merezco. ¿Quién
no hiciera por la cuitada?

JULIA. ¡La pobre es tan desgraciada!

CARLOS. (¡Pobre Pepe! ¡Tú tambien!)

JULIA. Yo me retiro.

CARLOS. (Desde la puerta.) Rufina,
alumbra.

JULIA. No salga, no.
¡Gracias!

CARLOS. No merezco yo...

JULIA. ¡Gracias, Cárlos! (Sale, fondo.)

CARLOS. (¡Es divina

ESCENA IV.

CÁRLOS.

¿Con qué Fausto? Hermosa, amable,
discreta. ¿Qué más quería?
Si aquel tunante tenía
una fortuna envidiable.
En la vida adiviné.
Amigo de Pepe y mío.
Bien nos engañó. ¡Qué lío!
¡Qué ejemplo! Cásese usté.
Todos acaban así;
mas yo con juicio he pensado.
Si ahora estuviese casado
¡qué escándalo habría aquí!
¡Una mujer encubierta!
¡Una cita misteriosa!
¿Acaso mi dulce esposa
la hubiera abierto la puerta?
La arroja de un empujon
y hace que la pobre ruede.
No. Si un casado no puede
ni hacer una buena accion.
Mis honradas intenciones
mal fin hubieran tenido.
Libre soy, libre he vivido
y dueño de mis acciones.

ESCENA V.

CÁRLOS, RUFINA por el fondo.

RUFINA. ¡Señorito!
CARLOS. ¿Qué hay, Rufina?
RUFINA. ¡Tenemos que hablar los dos!
CARLOS. ¿Cómo hablar?
RUFINA. ¡Y hablar muy claro!
CARLOS. ¿Cómo claro?
RUFINA. (Muy irritada.) ¿Por qué no?
¿Á ver: quién es esa dama?

CARLOS. Rufina, tu obligacion
es ver, oir y callar.
RUFINA. Cierto, no lo olvido yo.
(Con mucha dignidad.)
Yo soy una servidora,
usted es aquí el señor:
mi obligacion es callar,
caminar de usted en pos,
y á usted le asiste el derecho
de dirigir el timon
de la nave de esta casa
por el mar batallador
de la vida; yo no puedo
reñir; pero con dolor
y con mesura y con calma
levantar mi humilde voz
y dirigirle una súplica
y hacer una observacion
respetuosa en cosas graves
que respectan al honor
y á la moral, eso sí,
porque soy muy moral yo!
CARLOS. Bravo, Rufina, ¡qué estilo!
Bien se vé que te educó
la ilustre *Correspondencia*
con su folletin traidor.
RUFINA. ¿Esta dama misteriosa
quién es? ¿Por qué se coló
sin revelarnos su nombre
extranjero ó español?
¿Por qué vino á tales horas
nocturnas, las que no son
las decentes, las mejores,
las propias, ni las *ad hoc*?
¿Qué conversacion es esa
tan piana, que ni un rumor
moribundo y muy lejano
hasta mi oido llegó?
Esta es una casa honrada,
y aquí, dicho sans façons,
en esto hay gato encerrado
y no lo consiento yo.

¡Esta es una casa honrada!

CARLOS. (¿Pero de dónde sacó
esta chica que esta casa
es honrada? ¡Qué ilusion!)
Rufina. Estás insufrible.
Me vas á hacer el favor
de callarte, de dejarme
y de concluir tu sermon,
que ni estamos en cuaresma,
ni á tí nadie te ordenó.

RUFINA. Perdone usted, señorito,
si me expresé con calor;
pero mi pecho encendido
en honrada indignacion,
con dinamita de celos
como mina reventó.
Yo no he tenido la culpa,
que es usted el pecador.
Usted puso en mí los ojos,
yo en usted los mios no,
porque no vuela tan alto
este mísero gorrion.
¿Á qué dijo que me amaba?
¿Por qué cuando me miró
me juró que era más bella,
con ser morena, que el sol?
¿Por qué afirmó que mi talle
era un junco seductor
y á veces con ambas manos
la medida me tomó?
¿Por qué en mi pecho sencillo
el tormento del amor
y la llama de los celos
y el ánsia de la ambicion,
encendió con su palabra
que mi desdicha labró?
¿Por qué pulió mi lenguaje
y me ha dado educacion,
y ya no digo hespital,
haiga ni precurador,
sino mi señor, mi dueño,
mi vida y mi corazon?

CARLOS. (Animándose.)
Porque tienes mucha gracia,
y porque te ha dado Dios
un talento colosal
y una hermosura feroz,
y unos ojos como cielos
y para boca un piñón,
y una mano como nieve. (Cogiendo la mano.
RUFINA. ¡Qué cosas tiene usted!
CARLOS. No.
Qué cosas tienes tú. ¡Ay!
las quisiera tener yo.
¡Qué cintura tan flexible!
(Abrazándola. Se oye la campanilla.)
RUFINA. La campanilla, señor.
CARLOS. Es que nos llaman al órden.
Acabóse la sesion.
RUFINA. ¿Quién será el tal?
CARLOS. Anda á abrir
y lo sabremos los dos.
RUFINA. Don Enrique.
CARLOS. Puede ser.
RUFINA. ¡El canalla!
CARLOS. Hazme el favor,
Rufina.
RUFINA. Si ya le he dicho
que no quiero á ese gorrón,
á ese perdido en mi casa.
CARLOS. ¡Pero por amor de Dios!
RUFINA. ¡Es un pillo!
CARLOS. Que lo sea;
exige la educacion...
Puede ser otro, Rufina;
que está esperando.
RUFINA. Allá voy.
Pero si es él no le abro,
no señor.
CARLOS. ¿Cómo que no?
¿Qué es esto? ¿Quién manda aquí?
¿Quién manda?
RUFINA. ¡Vaya un furor!
usted...

CARLOS. Nadie lo diría.
RUFINA. (Con mucha dulzura.) ¡Oh, no, su cólera no!
Obedezco, señorito,
usté es mi dueño y mi amor. (Sale, fondo.)
CARLOS. Pues nada, que tiene gracia,
que me gusta y se acabó;
que si se rie, está bien,
y si se enfada, mejor,
y que la pobre muchacha
no se merece el fogon;
y en fin, que yo estoy dejado
ya de la mano de Dios.

ESCENA VI.

CÁRLOS, ENRIQUE, luego RUFINA.

ENRIQ. (Por el fondo.) Soy yo. ¿Se puede pasar?
CARLOS. Entra, sí.
ENRIQ. (Entrando.) ¡Salve dimora
casta é pura!
CARLOS. ¿Tú á esta hora?
(Al fin le ha dejado entrar.)
ENRIQ. Supe que una prescripcion
del médico te retiene.
(¡Pero qué criada tiene
tan bonita este bribon!)
CARLOS. Lo manda la medicina
No salgo.
ENRIQ. (Ya me lo explico.)
¡Tengo una sed! ¿Llamo, chico?
CARLOS. ¿Quieres agua?
ENRIQ. Sí.
CARLOS. (Llamando.) ¡Rufina!
RUFINA. Mande usted. (Por el fondo.)
CARLOS. Agua.
ENRIQ. ¡Despacha!
RUFINA. ¿Sola?
ENRIQ. Sola.
RUFINA. El muy...
CARLOS. ¿Ya empiezas?
RUFINA. (Bajo á Cárlos.) ¿Se la traigo con cabezas

de fósforos?

CARLOS. (Bajo.) ¡No, muchacha!

(Sale Rufina, fondo.)

ENRIQ. ¡Guapa!

CARLOS. No digo que no.

ENRIQ. Te digo que es guapa.

CARLOS. Sí.

ENRIQ. (Pues por eso estás tú aquí,
y por eso vengo yo.)
¿Hay un cigarro?

CARLOS. Allá vá:
¿puro ó papel?

ENRIQ. Las dos cosas.

CARLOS. Estas brevas son famosas.

(Le da puro y papel: se guarda uno y enciende otro.)

ENRIQ. Ésta luégo caerá.
¿Hay un fósforo?

CARLOS. Tambien.

(Le da un fósforo: saca Cárlos una boquilla, en la que coloca su cigarro.)

ENRIQ. ¡Qué linda es esa boquilla!

CARLOS. Un negro.

ENRIQ. ¡Qué maravilla!

CARLOS. ¿Tanto te enamora? Ten.

ENRIQ. Está muy bien acabada.

CARLOS. Es tuya.

ENRIQ. No seas tonto.

CARLOS. Tómala.

ENRIQ. No, Cárlos.

CARLOS. (Se la dá.) Pronto;
pero si no vale nada.

ENRIQ. Hombre, gracias.

CARLOS. No hay de qué;
sabes que lo que yo tengo...

(Enrique pone la boquilla en su cigarro.)

RUFINA. (Por el fondo con el agua.)
Aquí con el agua vengo.
(¡Adios, la boquilla!)

CARLOS. ¿Qué,
está fresca?

ENRIQ. (Bebiendo.) Fresca está:

sabe á gloria. Sí, querida.
Por tales manos traida.

CARLOS. (Bajo y con impaciencia.)
Vamos, hombre, déjala.

RUFINA. Puede.

ENRIQ. ¡Tú dirás que no!

RUFINA. ¡Puede!

ENRIQ. Pues sí que podría
si quisieras.

RUFINA. (¡Otro día
aguarrás te traigo yo!) (Sale, fondo.)

ENRIQ. (Tiene esta chiquilla un busto,
y me lanza unas miradas.)

CARLOS. Hombre, deja á las criadas
en paz, no tengas mal gusto.

ENRIQ. (Ya, delante del señor
ésta se hace la inocente.)
Mira, Cárlos; francamente,
vengo á pedirte un favor.

CARLOS. Chico, si lo puedo hacer.

ENRIQ. Por Hortensia vengo á tí.
Tú la conoces bien.

CARLOS. Sí.

ENRIQ. Es un pozo esa mujer.
Tiene caprichos fatales
y complacerla es preciso.
Estoy en un compromiso.
Necesito dos mil reales,
y como no los tenía
á probar tu amistad vengo.

CARLOS. Pues, chico, si yo los tengo...

ENRIQ. Te los vuelvo cualquier día.

CARLOS. Allá van. (Cárlos abre la cartera.)

ENRIQ. Mil gracias.

CARLOS. No
me des gracias.

ENRIQ. Chico, sí.

CARLOS. Hoy tú me pides á mí,
mañana te pido yo.

ENRIQ. No eres tú como los otros,
que tú eres un caballero.

CARLOS. Si yá sabes que el dinero

es comun entre nosotros.

ESCENA VII.

DICHOS, PEPE, luego RUFINA

PEPE. (Por el fondo.)
Muy buenas noches, tunantes.
ENRIQ. Se te dá la bien venida.
CARLOS. (¡Pobre Pepe de mi vida
si llegas á venir ántes!)
PEPE. ¿Conque en casa encerradito?
CARLOS. Un catarro me retiene.
PEPE. (Pero; ¡qué criada tiene
tan bonita este maldito!
¡Tiene una cara divina!)
CARLOS. Ya me encuentro casi bien.
PEPE. ¡Tengo una sed!
CARLOS. ¿Tú tambien?
¿Quieres agua?
PEPE. Sí.
CARLOS. (Llamando.) ¡Rufina!
RUFINA. Señor. (Por el fondo.)
CARLOS. Trae agua.
PEPE. Al contado.
RUFINA. ¿Qué traiga agua?
CARLOS. Sí, mujer.
RUFINA. Volando. (Voy á poner
un puesto de agua en el Prado.) (Sale fondo.)
CARLOS. (¡Estos pillos!)
ENRIQ. Oye aquí,
Cárlos, me ocurre una idea
soberbia.
CARLOS. Dí lo que sea.
ENRIQ. Es en provecho de tí.
PEPE. No lo creo.
ENRIQ. Sí por Dios.
Pues que no puedes salir
nos debiamos venir
á almorzar.
CARLOS. Venid los dos,
y así me haceis compañía.

ENRIQ. (¡Un almuerzo! Seré fino.)
CARLOS. Así probareis mi vino.
Un madera... ¡cosa mía!
ENRIQ. ¿Traigo á Hortensia?
CARLOS. Bueno fuera
que nos faltaran sus ojos.
PEPE. Mirando á sus labios rojos
voy á envidiar el madera!
CARLOS. ¿Pero ella querrá venir?
ENRIQ. Como ya sois conocidos.
¿Pero estareis comedidos?
CARLOS. Ni una flor nos ha de oir.
PEPE. ¡Soberbio almuerzo se fragua!
ENRIQ. ¿Y tú?
PEPE. Yo estaré hecho un santo.
¡Y eso que me gusta tanto!
(Entra con el agua Rufina.)
Tengo aquí más fuego. (Por el corazon.)
RUFINA. (Presentando el vaso.) Agua.
PEPE. Venga.
CARLOS. (Todos son pretextos
para mirarla mejor.)
(Pepe bebe despacio, mirando á Rufina.)
PEPE. ¿Tienes novio?
RUFINA. No señor.
PEPE. ¿Con esos ojos?
RUFINA. Con estos.
PEPE. Pues, chica, no tiene nombre.
RUFINA. Pues le tengo.
PEPE. Es un decir.
Pues se debian morir
muchos por tí.
CARLOS. (Bajo.) ¡Vamos, hombre!
RUFINA. Pues no ha muerto uno siquiera.
PEPE. ¡No, pues yo me moriré!
RUFINA. Puede.
CARLOS. (Á Rufina.) ¡Vamos, márchate!
(Entra por el fondo Ernesto.)
ERN. Muy buenas noches.
CARLOS. (Á Rufina.) Espera.
RUFINA. ¿Tiene usté algo que mandar?
CARLOS. ¿Tienes tú sed, chico?

ERN. ¡Yo!
CARLOS. ¿Tú no quieres agua?
ERN. No.
CARLOS. ¿No? Pues te puedes marchar.
(Sale Rufina por el fondo.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, PEPE, ENRIQUE, ERNESTO.

ERN. ¿Qué es esto?
CARLOS. Pues qué ha de ser,
una broma.
PEPE. Por supuesto.
CARLOS. ¡Cuánto te agradezco, Ernesto,
tu visita!
ERN. Es un deber.
PEPE. Venid, y sentémonos.
CARLOS. Á sentarse. ¿Fumareis?
Puro ó papel, ¿qué quereis?
ENRIQ. Á mí dame de los dos.
(Cárlos reparte cigarros.)
CARLOS. Toma. (Á Enrique.)
ENRIQ. (Al cigarro.) De los buenos eres.
(Se sientan todos.)
PEPE. Ahora á hablar y á murmurar.
ERN. ¿Y de qué vamos á hablar?
PEPE. Pues, hombre, de las mujeres,
de sus rostros siempre bellos,
de sus ojos como estrellas.
CARLOS. Ellos solos hablan de ellas.
ENRIQ. Y ellas solas hablan de ellos.
PEPE. ¿De nosotros? Presumidos.
La edad me desengañó.
No hablan de nosotros, no.
ERN. ¿Pues de quién?
PEPE. De sus vestidos.
De telas lindas ó feas
á que dan extraños nombres.
Y cuando hablan de los hombres
dicen pestes.
ERN. No lo creas.

PEPE. Tengo ejemplos infinitos
y ya soy hombre machucho.
ENRIQ. Pues si las gustamos mucho.
ERN. No será por lo bonitos.
CARLOS. Hombre, estás en un error.
Hay feos á centenares;
pero los hay regulares,
y hasta guapos, sí señor.
Un moreno de ancha frente
y ojos como estos que ves,
y un buen bigotazo, es
una belleza imponente.
PEPE. Ya somos graves, señores,
y no somos voto en esto.
CARLOS. Que hable un joven.
PEPE. Que hable Ernesto.
ENRIQ. Que nos cuente sus amores.
ERN. ¿Yo amor? ¿Quién os ha engañado?
CARLOS. Ayer noche te vendiste.
ERN. Tú estás flaco.
ENRIQ. Tú estás triste.
CARLOS. Luego estás enamorado.
¿Me equivoco?
ERN. No vas mal.
CARLOS. ¿Qué mucho que amor te abrase?
PEPE. Que hable.
ENRIQ. Que cuente.
CARLOS. Que pase
al sillon presidencial.
(Le sientan en el sillon: lo rodean todos con gran algazara.)
ERN. No es secreto. Al fin y al cabo
lo sabreis, aunque no quiera.
Yo amo á una niña hechicera,
que es mi vida.
TODOS. ¡Bravo, bravo!
CARLOS. ¿Es joven?
ERN. Pocos abriles.
PEPE. ¿Y los ojos?
ERN. Como añil.
ENRIQ. ¿La boca?
ERN. Una flor.

CARLOS. ¿Perfil?
ERN. El mejor de los perfiles.
PEPE. ¿Y su frente?
ERN. Blanca frente.
ENRIQ. ¿Y su mano?
ERN. Breve mano.
CARLOS. ¿Y su cuerpo?
ERN. Más que humano.
CARLOS. ¿Y vas bien?
ERN. Perfectamente.
Con sus labios de carmín
un sí me ha llegado á dar
y la llevaré al altar.
CARLOS. ¡Al altar!
PEPE. ¿Vas con buen fin?
ERN. Si es honrada.
PEPE. ¡Quién creyera!
ERN. ¡Sí, la adoro!
ENRIQ. ¡Calla, calla!
PEPE. Que se quite.
CARLOS. Que se vaya
de ese sillon.
TODOS. ¡Fuera, fuera!
(Le echan del sillon.)
CARLOS. El hombre casamentero.
Se te pide una aventura
y nos haces la pintura
de un mal entremes casero.
PEPE. Valiente chasco nos dió.
CARLOS. Quítate ya de mi vista.
ENRIQ. Queremos una conquista.
PEPE. Pues para conquistas, yo.
CARLOS. ¡Al sillon! (Sientan en el sillon á Pepe.)
(Á Ernesto.) Ven á aprender.
ENRIQ. ¿Es digna de ser contada?
CARLOS. ¿Es conquista realizada?
PEPE. No, pero pienso vencer.
CARLOS. Detalles.
PEPE. No puedo dar
muchos, que eres mal compadre.
CARLOS. ¿Vive sola?
PEPE. Con su madre.

(Los quiero desorientar.)

CARLOS. ¿Es joven?

PEPE. Pocos abriles.

CARLOS. ¿Y los ojos?

PEPE. Como añil.

ENRIQ. ¿La boca?

PEPE. Una flor.

CARLOS. Perfil.

PEPE. El mejor de los perfiles.

CARLOS. Ernesto, aunque no te cuadre,
por las señas yo diría
que es la misma.

ERN. No, la mía
no vive ahora con su madre.

CARLOS. ¿Pero estais ya concertados?

PEPE. No, viven tan retiradas;
mas se han cambiado miradas
y suspiros apagados.
De hablarla he buscado modo;
pero desgraciado soy.

CARLOS. Pues una carta...

PEPE. Á eso voy.

ENRIQ. ¡Bravo! ¡Se escribe entre todos!

CARLOS. ¡Á la mesa!

ENRIQ. Dictaré.

ERN. Hombre, me estais dando ira.

CARLOS. ¿Por qué?

ERN. ¡Parece mentira!

CARLOS. Parece mentira ¿qué?
Usa términos más suaves.
¿Qué te produce extrañeza?

ERN. Que trateis con ligereza
cosas tan graves.

CARLOS. ¡Tan graves!

ERN. Ese desprecio profundo
me causa pena y dolor.

CARLOS. ¡Grave el amor!

ENRIQ. ¡El amor!

PEPE. Este chico es de otro mundo.

CARLOS. Principia el canto amatorio.

PEPE. (*Escribiendo.*) «Perpétuo imán de mi vida,
perla sin concha escondida.

CARLOS. Alto, que eso es del *Tenorio*.
Procura variar de forma.
ENRIQ. Fuera el romántico alarde.
PEPE. Pues vaya otra: «¡Ah! ya muy tarde.
ENRIQ. Te he conocido.» Eso es *Norma*.
PEPE. Qué exigentes. «Vida mía,
flor de celeste capullo.»
Y esto, ¿qué tal?
CARLOS. Eso es tuyo;
pero es una tontería.
PEPE. ¿Tontería?
CARLOS. Cabalmente.
PEPE. Dicta tú.
CARLOS. (Cárlos dicta: Pepe escribe.) Si dictaré.
«Deseo hablar con usté
dos minutos solamente.
Escúcheme usted por Dios,
que un caballero la jura,
que va en ello la ventura
y la dicha de los dos.»
Basta. Esa niña hechicera
tus miradas solicita.
La curiosidad la incita
y ella busca la manera.
Más tarde, cuando la vieres,
la hablas de amor, claro y pronto.
Con cartas, no seas tonto,
no se conquistan mujeres.
¿Conque esto es villano? (A Ernesto.)
ERN. (Bajo á Cárlos.) Si.
Ténlo, chico, por seguro.
Por ellos yo no me apuro:
lo siento sólo por tí.
Porque ellos son lo que son,
pasto de locos placeres,
y tú con tus faltas, eres
un hombre de corazon.
CARLOS. Si el mundo en sério se vé
vivir, chico, no podrás.
PEPE. (Á Ernesto.) ¿Conque tú te casarás?
ERN. Vaya, si me casaré.
PEPE. Harás una tontería.

ENRIQ. Sufrirás duelos prolijos.
ERN. Bueno, y tendré muchos hijos.
PEPE. Y muchas amas de cría.
ERN. Tanto mejor.
ENRIQ. ¡Estás loco!
PEPE. Si vieras lo que se pasa.
ERN. ¡Y no entrareis en mi casa!
CARLOS. ¿Yo tampoco?
ERN. Tú tampoco.
Os tengo bien conocidos
y la puerta os cerraré.
CARLOS. ¿Á tus amigos? ¿Por qué?
ERN. Porque sois unos perdidos,
porque no tendreis jamás
un sentimiento sincero.
tan perdidos que no quiero
estar con vosotros más.
CARLOS. ¡Escucha! ¡Esta es la más negra,
hombre! Vuelve á la razon.
ERN. Nada, adios.
ENRIQ. ¡Adios, Caton!
PEPE. ¡Expresiones á la suegra!
(Sale Ernesto por el fondo.)

ESCENA IX.

DICHOS ménos ERNESTO.

PEPE. Está loco.
ENRIQ. Rematado.
CARLOS. Vive en un error profundo.
Toma por lo sério el mundo
y ha de ser muy desgraciado.
PEPE. No puede tener buen fin.
ENRIQ. Se casará tan sereno.
CARLOS. La vida del hombre bueno.
Nace feo y chiquitin.
PEPE. Al año, ¡oh! ¡prodigio extraño!
va á la escuela el motilon.
ENRIQ. Y se sabe la leccion
todos los dias del año.
CARLOS. No dá en casa malos ratos

ni le gusta andar de pingo.

PEPE. Y vá al Retiro el domingo
para echar pan á los patos.

ENRIQ. Cuatro carreras cabales
concluye brillantemente.

CARLOS. Y le nombran escribiente
con cuatro ó cinco mil reales.

PEPE. Hace trabajos prolijos,
mas de escribiente no pasa.

ENRIQ. Y vé á una cursi y se casa.

CARLOS. Y tiene veintidos hijos.

PEPE. Y le quita el director.

ENRIQ. Y de más chicos se llenan
y mueren de hambre.

CARLOS. Y se cenan
un dia al hijo mayor.

PEPE. Mas la esposa del cuitado
vé al director en su nombre.

ENRIQ. Y al otro dia el buen hombre
es jefe de negociado.
(Se rien á carcajadas.)

CARLOS. ¡Jesús! ¡Qué barbaridad!

PEPE. Por desatinos lo tomas,
Pues mira, parecen bromas,
pero suelen ser verdad.

CARLOS. Hombre, no digo que no.

ENRIQ. Así acaban más de tres.

PEPE. Pero mira qué hora es.

ENRIQ. El tiempo se nos pasó.

PEPE. Vamos.

CARLOS. ¿Me vais á dejar?
Que al almuerzo no falteis.
¡Qué mala lengua teneis!

PEPE. Mira que tú.

CARLOS. Regular.

ENRIQ. Tú de los peores eres.
(Coge el baston que estaba sobre una silla.)
¡Hombre! ¡Qué equivocacion!
¡Me llevaba tu baston!

CARLOS. Pues llévatele si quieres.
(Salen por el fondo. Enrique se lleva el baston.)

ESCENA X.

CÁRLOS.

CARLOS. Se van mis amigos fieles,
y aquí me quedo aburrido.
Pues, señor, el dia ha sido
de cartas y de papeles.
El marido calavera
que escribe cartas amantes;
la esposa que ha escrito ántes
lo que escribir no debiera;
cartas de aquí para allí,
una que entra, otra que sale;
pero sobre todas vale
la carta que tengo aquí.
Dos ó tres veces al día
la leo. ¡Pobre chicuela! (Saca una carta.)
Desde el convento Gabriela
me escribe. ¡Triste hija mía!
Se queja, y tiene razon:
el colegio es su tormento.
¡Con qué dulce sentimiento
quiere herir mi corazon! (Lee.)
«Papá mío: tu hija amada
»te escribe desesperada,
»y al hacerlo, se consuela.
»Sácame de esta morada:
»mira que es muy desgraciada
»tú Gabriela.
»No me acostumbro á vivir
»entre monjas, y sufrir
»ya no pueden mi desvío,
»pues si es pecado mentir,
»no las puedo resistir,
»papá mío.
»Si lloro, dicen que lloro;
»si rio, que es un desdoro;
»si rabio, que de ira estallo;
»si charlo, me llaman loro;
»si callo, riñen en coro

»porque callo.
»Sufro penas infinitas:
»si al jardín hago visitas,
»no me dejan coger flores.
»Como ellas están marchitas,
»las duele ver las hojitas
«de colores.
»Pasan años en mi daño,
»y me tienes con engaño
»presa en tan triste paraje.
»Pues mira, no será extraño
»que yo me muera este año
de coraje.
»Me hablan de votos mejores:
»dicen que ajenos dolores
»debo purgar, y en mis sustos
»pienso que con sus errores
»fastidian los pecadores
»á los justos.
»A tu lado sonriente
»viviré divinamente,
»y causaré tu embeleso,
»y dormiré dulcemente
«al darme adios en la frente
»con un beso.
»Que mi cárcel se taladre:
»sácame, aunque no les cuadre,
»de esta, que es sepulcro frio,
»y pues que murió mi madre,
»que no me quede sin padre.
»papá mío!» (Guarda la carta.)
Hay aquí tantos enojos,
tal candor y tanto aroma,
que apenas la risa asoma
cuando se nublan los ojos.
Un perdido, un libertino;
pero no un vil es tu padre.
y á no haber muerto tu madre,
otro fuera tu destino.
¡Traerla á mi lado! Sí, sí.
¡Á mi casa la hija mía!
¡Qué cosas aprendería

la desventurada aquí!
¿Qué ejemplos llegara á ver?
¿Quién la podría cuidar,
ni quién la puede enseñar,
ni de quién puede aprender?
Á casa con este coro
de amigos, no por quien soy.
Ninguno sabe hasta hoy
que yo guardo tal tesoro.
¡Ah! ¡si yo te falto un dia,
tal vez será tu tormento
morir en ese convento
que aborreces, hija mía!
¡Por mis faltas padecer
fué el destino de las dos!
Mas basta, basta por Dios,
que me voy á entristecer.
¡Fuera las filosofías!
¡Es jóven, discreta, hermosa!
Al cabo será dichosa
y ya vendrán otros días.
Y yo al placer y al amor,
y á olvidar, á la que fué,
y el sombrero y al café
que es el remedio mejor.
(Se pone el gaban y el sombrero, que estaban tirados por las sillas.)
Iré con esos bribones
á cenar como un valiente.
Yo soy libre, independiente
y dueño de mis acciones,

ESCENA XI.

CÁRLOS, RUFINA por el fondo.

RUFINA. (Deteniéndolo.)
¿Dónde vá usted, señorito?
CARLOS. ¿Qué dónde voy? Al café.
RUFINA. ¡Á las doce se vá usté!
CARLOS. ¿Y qué?
RUFINA. ¡Que no lo permito!

CARLOS. Mujer, me voy á charlar.
RUFINA. Más si está usted constipado.
CARLOS. ¡Ay! se me había olvidado.
RUFINA. Se tira usted á matar.
Sale usted, la noche es fría,
vino, calor y cigarro,
y lo que ha sido catarro
se convierte en pulmonía.
La sangre se le desata
y le asfixia y le sofoca,
y echa el pulmon por la boca
lo mismo que la Traviata.
Si usted se lanza á la calle,
hasta el día no le espero.
¿Qué va á decir el burrero
cuando venga y no le halle?
CARLOS. Es verdad.
RUFINA. ¿Qué va á decir?
Buen escándalo habrá dado.
CARLOS. ¡Ay! se me había olvidado
que tenía que venir.
RUFINA. Si no hay cabeza que iguale
á la de usted.
CARLOS. De chorlito.
RUFINA. No se sale, señorito.
CARLOS. ¡Rufina!
RUFINA. Que no se sale.
En casa se queda hoy
y no me mire perplejo.
Deje el sombrero.
CARLOS. (Dejándolo.) Le dejo.
RUFINA. Y fuera ese abrigo.
CARLOS. (Se quita el abrigo.) Voy.
RUFINA. ¡Irse con esos troneras
que le van á pervertir!
CARLOS. ¿Á pervertirme?
RUFINA. Á dormir
ahora mismo.
CARLOS. Como quieras.
RUFINA. Ahora se apaga el quinqué.
CARLOS. Bueno.
(Rufina enciende dos palmatorias y apaga el

quinqué.)

RUFINA. ¡La cama es la gloria!
Venga aquí mi palmatoria
y vaya allá la de usté.
(Le da una vela encendida.)
Si está mañana mejor,
veremos.

CARLOS. (¡Qué vivaracha!)
(Con su luz en la mano.)
Muy buenas noches, muchacha.

RUFINA. (Con su luz en la mano.)
Muy buenas noches, señor.

CARLOS. Muy buenas noches, chiquilla.

RUFINA. Muy buenas, vamos andando.

CARLOS. (Parece que estoy cantando
el Barbero de Sevilla.)

RUFINA. Conque, señor, á dormir.

CARLOS. Adios, Rufinita.

RUFINA. Adios.
Que se le quite la tos
y no me de que sentir.
(Sale por la derecha, donde se supone su cuarto; cierra la puerta con llave: debe oirse distintamente el ruido de la llave en la cerradura.)

ESCENA XII.

CÁRLOS.

Yo haré al fin el desatino.
Acabo así la jornada.
¡Me caso con la criada!
¿Qué dirán en el casino?
(Se dirige á la izquierda: cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: el lugar del velador lo ocupa la mesa de comer.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

Buena tarde se presenta.
Un almuerzo superior
y unos amigos alegres
y una mujer como un sol.
Comida, café, cigarros
y vino y conversacion,
y si á alguno se le sube
el champagne, mucho mejor.
De Fornos mandé traer
un almuerzo com'il faut,
porque si encargo á Rufina
que guise, ¡válgame Dios!
¿quién come? Nos hace callos
ó caracoles, ó arroz
con bacalao y almejas
y nos da una indigestion.
La mesa aquí, que es buen sitio
y está frio el comedor,

y hay aquí más alegría,
más espácio y más confort.
Buena tarde se presenta.
¡Se me alegra el corazon!

ESCENA II.

CÁRLOS, ERNESTO, fondo.

CARLOS. ¿Cómo, Ernesto, por acá?
ERN. Por esta calle pasaba,
y para verte...
CARLOS. Pensaba
que no volverías ya.
ERN. ¿Por qué no volver aquí?
CARLOS. Como tan mal nos trataste
y de todos renegaste.
ERN. De los otros, no de tí.
Esos son malos amigos.
CARLOS. Has hecho bien en entrar.
Ahora podemos hablar
seriamente y sin testigos.
Cuanto nos dijiste ayer
de tu amor, de tu pasion,
de tu proyectada union,
¿fué una broma?
ERN. Qué ha de ser.
Os dije lo que sentí
y os reísteis en coro.
CARLOS. ¿Luego tú quieres?
ERN. Adoro.
CARLOS. ¿Y piensas casarte?
ERN. Sí.
CARLOS. Pues, Ernesto, la verdad
escucha, aunque no te cuadre.
Yo te quiero cual un padre.
Casi te doblo la edad.
Ese devaneo olvida.
Oye la voz del cariño.
Eres todavía un niño
y no conoces la vida.

Al sacrificio dispuesto
estás ya. Tendrás mujer,
hijos pronto. ¡Qué va á ser
de tu porvenir, Ernesto!
¡Nunca podrás prosperar!
¡Cuánta y qué triste vigilia!
El peso de una familia
no te dejará marchar.
Eres joven: nada ves
y te arrastran tus antojos.
Despues, cuando abras los ojos,
¡qué infeliz serás despues!
Oye la voz de un amigo.

ERN. Ya la escucho, pero en vano.
El aconsejar es llano.
Eso mismo me lo digo
mil veces. Yo de ese modo
me aconsejo: no quererla
me propongo; pero al verla,
al verla lo olvido todo.
Hablas tal vez como un sabio,
pero el alma es una loca.
¡Hay tal frescura en su boca
y tal sonrisa en su labio!
Y despues de todo, dí,
si me ama, ¿por qué no amar?
Mi suerte no es de envidiar.
¿Y cuál es tu suerte aquí?
¡Amar tambien! Triste error.
Son tus amores comprados
y han perdido, de gastados,
hasta el dejo del amor.
Solicitar importuno
tal cual frívola mujer,
que no te puede querer,
porque no quiere á ninguno.
No es eso lo que yo espero.
Un ángel mi alma divisa.
Busco la primer sonrisa
y busco el amor primero,
amor que no se consume,
y del sol el primer rayo

y la primer flor de Mayo
que me dé el primer perfume!

CARLOS. ¿Quién lo que pides no quiere?
Luces, flores, ambrosía.
¡Ay, Ernesto! esa poesía
con el matrimonio muere.
Viven esposo y esposa
en tal círculo encerrados:
hallan, aunque enamorados,
detalles de tanta prosa:
tanto se sacian de hablar
y de mirarse el semblante:
es vida, en fin, tan constante,
tan íntima, tan vulgar,
que un par de años al correr
con alas hechas girones,
se marchan las ilusiones
y ya no quieren volver.
Sí, que es bella, que es la cumbre,
no la hay más, convengo en ello;
mas si el amor á lo bello
se pierde con la costumbre.
Nada hay más bello que el sol
cuando asoma por Oriente,
ó cuando esconde la frente
entre nubes y arrebol.
¡Cuántas veces considera
vuelves á casa aburrido,
sin haberle dirigido
una mirada siquiera!
Hoy es tu diosa adorada,
es divina, te enloquece:
mañana no te parece
guapa, ni fea, ni nada.
Ya en verla no te complaces,
la ilusion se perdió ya,
tras ella el amor se va,
y entonces, dime, ¿qué haces?
Dime, Ernesto. ¿Confesar
y decir que no la quieres,
y buscar otros placeres
lejos del cansado hogar,

ver el llanto que la abrasa,
desgarrar su corazon,
y arrojar la confusion
y el desórden en tu casa,
ó disimular, mentir,
torturar tu pensamiento,
simular un sentimiento
que ya no puedes sentir,
sufrir cansada agonía
en los brazos de tu esposa,
arrastrar vida espantosa
de lucha, de hipocresía,
y al cabo darte al demonio
y maldecir tu locura?...
¡No te cases! La ventura
no existe en el matrimonio.

ERN. De tu discurso el final
me hizo impresion.

CARLOS. Algo fué.

ERN. Con todas me casaré
menos con una.

CARLOS. ¿Con cuál?

ERN. Contra toda mi pasion,
á ser tu padre, yo huiría
de tu hija, porque tendría
la duda en su corazon.
Adios.

CARLOS. Oye, espérate.
Ya pronto vendrán los otros.
Almorzarás con nosotros.

ERN. ¿Con ellos? Dispénsame.

CARLOS. ¡Hombre!

ERN. Á estar solos los dos.

CARLOS. ¿Pero qué manía es esa?
(Entra Rufina con todo lo necesarío para poner la mesa.)
Ya van á poner la mesa.
¿No esperas?

ERN. No, chico, adios. (Sale, fondo.)

ESCENA III.

CÁRLOS, RUFINA.

CARLOS. Hola, hola, ¡cuánto plato,
y botella! ¡buen surtido!
¿Y los mozos, han traido
la comida?
RUFINA. Ya hace rato.
CARLOS. ¿Se marcharon?
RUFINA. Sí señor,
por su orden los despedí.
(Rufina coloca el mantel en la mesa.)
CARLOS. No quiero extraños aquí,
tú nos servirás mejor.
RUFINA. Vaya si los serviré.
CARLOS. Pues ve poniendo la mesa,
no nos pillen por sorpresa.
RUFINA. Pero dígame usted.
CARLOS. ¿Qué?
RUFINA. ¿Qué almuerzo es este?
CARLOS. Hija mía...
un almuerzo... yo convido.
No salgo, estoy aburrido
y me busco compañía.
Cambio de servicios son
entre amigos.
RUFINA. Claro está.
CARLOS. Yo pongo el almuerzo.
RUFINA. Ya.
CARLOS. Y ellos la conversacion.
Yo tengo amigos, ¿lo ves?
RUFINA. Sí, pero no le convienen;
usted paga, y ellos vienen
á comernos por los piés.
¡Siempre metidos aquí!
CARLOS. ¡Calla!
RUFINA. Siempre de palique.
La idea es de don Enrique,
de fijo.
CARLOS. No, no.

RUFINA. Sí, sí.
Á costa de la amistad
vive de gorra el maldito.
CARLOS. ¡Rufina!
RUFINA. ¡Ese señorito
es una calamidad!
Le quiero á usted, le soy fiel
y ya la copa rebasa.
Don Cárlos, no hay nada en casa
desde que ha venido él.
Él se lleva las boquillas,
los bastones, los vegueros
mejores, y los sombreros,
y las cajas de cerillas,
todo.
CARLOS. Estás en un error.
RUFINA. Qué extraño que me querelle:
á mí me han quitado el fuelle
de la cocina, señor.
CARLOS. ¿Pero tú supones?...
RUFINA. Si.
Y sé muy bien lo que digo.
CARLOS. Vamos, basta, él es mi amigo,
y no le trates así.
Su mejor amigo soy,
y él es mi amigo mejor.
Cállate, y haz el favor
de poner la mesa.
RUFINA. Voy.
Aquí un plato. (Le coloca.)
CARLOS. Para mí,
otro para don Enrique.
¿Quieres que te lo suplique?
RUFINA. (Lo pone al otro extremo.)
Bien, le pondremos aquí.
CARLOS. Pepe aquí.
RUFINA. (Coloca el tercero.) Ya están los tres;
don Ernesto, no vendrá.
CARLOS. Pon otro cubierto allá.
RUFINA. ¿Otro?
CARLOS. Sí.
RUFINA. ¿Para quién es?

CARLOS. Para otro amigo.
RUFINA. ¿Qué amigo?
CARLOS. No le conoces tú.
RUFINA. No?
CARLOS. Enrique le presentó.
RUFINA. ¡Ese hombre es nuestro castigo!
Como la langosta cae
aquí. Nuestra ruina toco.
Aún piensa que come poco,
y á los amigos se trae.
CARLOS. (¡Buena la hicimos ahora!)
Mujer... la amistad me obliga.
No es amigo, es una amiga.
RUFINA. ¡Una amiga!
CARLOS. ¡Una señora!
RUFINA. ¡Una mujer! (¡El infiel!)
CARLOS. Una señora.
RUFINA. Ya, ya,
comprendo. ¡Buena será
cuando nos la trae él!
CARLOS. ¡Te pones hecha una arpía
por nada! ¡Que esto concluya!
Es una parienta suya.
RUFINA. ¿Parienta?
CARLOS. Sí, prima ó tía.
RUFINA. Al fin salgo de mi error.
Sé lo que fraguan los tres.
Esto comida no es.
¡Es una orgía, señor!
¡Y con serena pupila
he de mirar como allana
una impura cortesana
esta morada tranquila!
¡Y he de servir á ese tuno,
baldon de la juventud,
yo que soy una virtud
como aquí le consta á alguno!
¡Oh! ¡qué casa! ¡Buena vá!
Y no quiere que me aflija.
Si aquí estuviera su hija
¿qué diría?
CARLOS. ¡Calla ya!

¡Y acaba con esos modos!
¡Á su obligacion, doncella!
¡Tú la servirás á ella
y al otro y á mí y á todos!
Porque si no te despido.

RUFINA. ¿Á mí despedirme?

CARLOS. Sí.

RUFINA. (Llorando.)
¡Ay! ¡pobrecita de mí!
¡Ay! ¡por qué le he conocido!
¡Ay! ¡por qué mi juventud
escondo en esta mansion
y alimento una pasion
que me lleva al ataud!

CARLOS. Pero hija... pero mujer...
(¡La tendré que consolar!)

RUFINA. (Con mucha dignidad.)
¡Oh, basta! no más hablar.
Cumpliré con mi deber,
aunque este deber me humilla.
(Coge un plato.)
¿Es este su sitio?

CARLOS. Sí.
Ponlo aquí.

RUFINA. ¿Sí?
(Rompiéndole contra la mesa.) ¡Pues aquí!

CARLOS. ¡Que me rompes la vajilla!

RUFINA. ¿Otro plato? (Rompiéndole.)

CARLOS. ¡No por Dios!

RUFINA. ¿Y la copa? (Rompiendo la copa.)

CARLOS. ¡Cielo santo!

RUFINA. ¿Lo vé usted? ¡Pues otro tanto
haría yo con los dos!
(Sale, fondo.)

CARLOS. ¡Vaya un rato que me ha dado
el diantre de la mujer!
Acabará de poner
la mesa. ¡Me ha mareado!
(Sigue poniendo la mesa.)
Y no la falta razon.
Es una chica decente,
y esta casa, francamente,

no es casa, esto es un meson.
Estará llorando dentro
y con razon se querella.
Aquí pondré una botella.
Así adornamos el centro.
(Coge una botella.)

ESCENA IV.

CÁRLOS, JULIA.

CARLOS. Es un Jerez que enamora.
De fuego sus gotas son.
(Contempla la botella. Julia entra por el fondo.)
JULIA. Cárlos.
CARLOS. ¡Julia! (¡En qué ocasion
viene esta buena señora!)
JULIA. Llena de impaciencia vengo.
No me pude contener.
Necesitaba saber...
¿Esas cartas?
CARLOS. Ya las tengo.
Las guardo en mi papelera
cual depósito querido
sin haberlas dirigido
una mirada siquiera.
JULIA. Tal discrecion es hoy rara.
Gracias por la amiga mia.
CARLOS. Mas ¿cómo viene de dia.
Si su marido llegara...
JULIA. Como traigo echado el velo
ninguno me ha conocido.
Hoy no vendrá mi marido.
CARLOS. ¿No?
JULIA. Se ha marchado á Pozuelo.
Á ver nuestra posesion
ha partido muy temprano.
y yo al saberle lejano
aproveché la ocasion.
CARLOS. Pues, Julia, no está usted bien
en mi casa.
JULIA. ¡Dios del cielo!

CARLOS. Su esposo no está en Pozuelo.
JULIA. Pues ¿cómo?
CARLOS. Ha perdido el tren.
Aquí estuvo y vá á venir.
JULIA. ¡Vá á venir!
CARLOS. Y el tiempo pasa,
y si la encuentra en mi casa
¿qué es lo que podrá decir?
Conque, Julia, estoy violento.
JULIA. Es cierto: aquí mal estoy,
pero de aquí no me voy
sin las cartas.
CARLOS. Al momento.
JULIA. Yo veré desde la puerta.
(Julia se coloca en la puerta del fondo.)
CARLOS. (Buscando sobre la mesa.)
¿Y mis llaves? ¿Dónde están?
(¡Y ahora que todos vendrán!
¡Qué ocasion!) Esté usté alerta.
JULIA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¿Qué pasa?
JULIA. ¡Han llamado!
CARLOS. (Sigue buscando.)
¡Aquí estaban! ¡Estoy cierto!
JULIA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Señora!
JULIA. ¡Han abierto!
CARLOS. Por aquí las he dejado.
JULIA. ¡Dios mío! ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Señora!
JULIA. ¡Es su voz!
CARLOS. ¿Es su voz?
JULIA. Sí.
CARLOS. Escóndase usted aquí.
(¡Á ver que hacemos ahora!)
(Julia sale puerta proscenio, izquierda.)

ESCENA V.

CÁRLOS, PEPE, fondo.

PEPE. ¡Aquí estoy, Cárlos del alma!

Aún no son las doce y media.
Yo soy puntual á las citas,
sobre todo, si se almuerza.
¡Bravo! La mesa ~~en el centro~~. a este lado-
Buena tarde se presenta.
¡Comeremos, beberemos!

CARLOS. (Cómo trae este la lengua.)

PEPE. Si llego á acordarme á tiempo
me traigo media docena
de amigas.

CARLOS. (¡María Santísima!
Entornada aquella puerta.
¡Está oyendo!) ¡Hombre, por Dios!
¡Qué disparate!

PEPE. Te la echas
ahora de formal conmigo.

CARLOS. Hombre, no.

PEPE. ¿Pero qué señas?

CARLOS. ¿Señas? (Si hacerlas no puedo.)

PEPE. ¡Chico, aún me río de veras,
con toda mi alma!

CARLOS. ¿Por qué?

PEPE. ¡Si tú vieras qué inocencia!
Como este almuerzo, esta orgía,
concluirá cuando Dios quiera
y no he de comer en casa
y daré tarde la vuelta,
para evitarme preguntas
y riñas y caras serias,
esta mañana la dije
á mi querida parienta:
Julia, me voy á Pozuelo,
á mi posesion.

CARLOS. ¿Y ella?

PEPE. ¡Como la pobre es tan simple,
lo creyó, Cárlos!

CARLOS. (¡Aprieta!
¡Mañana busca otro Fausto
para vengarse!) No ofendas
á tu mujer.

PEPE. No la ofendo.
¿Por supuesto, vendrá Hortensia?

Carlos. Pienso que sí.
Pepe. ¡Qué bonita!
Carlos. (Es terrible cuando empieza.)
Pepe. ¡Los ojos como una mora,
la boca cual una fresa!
¡Ah! me olvidaba decirte.
Tengo que contarte.
Carlos. Cuenta.
(¡Otro disparate más!)
Pepe. Pronto tendré la respuesta.
Ya mandé la carta.
Carlos. ¿Sí?
¿Qué carta?
Pepe. La carta aquella.
Carlos. (¡Nada, todo, dilo todo!)
Mas ¿qué carta?
Pepe. ¿No te acuerdas?
La que escribimos anoche
á mi conquista, á mi bella
desconocida, á mi amor,
por la que muero de penas.
Carlos. Bien, sí; déjame de amores.
Pepe. ¡Buena tarde se presenta!
Carlos. Eso sí, no empieza mal.
Pepe. Va á ser buena.
Carlos. ¡Pero buena!

ESCENA VI.

DICHOS, HORTENSIA, ENRIQUE, fondo.

Enriq. Muy buenas tardes, señores.
Carlos. Aquí tenemos á Hortensia.
Pepe. ¡Tal honra para nosotros!
Carlos. ¡En mi casa tal belleza!
Hort. Por ser la suya he venido,
que ha ser de otro no viniera.
Carlos. Yo la daría á usted gracias,
más es cosa que no aprecia,
porque á la que tantas tiene
para qué la sirven éstas.
Desde que ha llegado á casa

el balcon de sobra queda.
porque por esos cristales
salen más luces que entran.
Es usted la más hermosa.
que por las calles pasea,
y eso que por esas calles
parece que nacen perlas.

ENRIQ. ¡Pero hombre! (Bajo.)

CARLOS. (Bajo á Enrique.) ¿Y los vasos de agua?
Ahora mi venganza empieza.
Pero tome asiento.

HORT. Gracias.

(Se sientan juntos Cárlos y Hortensia.)

PEPE. (¡Ahora á su lado se sienta.
Este hombre las caza al vuelo!)

ENRIQ. ¿No vés cómo la requiebra?

PEPE. Bonita caña.

ENRIQ. Es de ese.
Estaba en la bastonera,
le dije que me gustaba,
y como tiene esa régia
esplendidez, se empeñó
que me quedara con ella,
y con ella me he quedado.

PEPE. ¡Tú te has quedado con ésta,
y él se vá á quedar con la otra!
(Señalando á Hortensia.)

ENRIQ. Por supuesto.

PEPE. ¿No se almuerza?

ENRIQ. Yo tengo apetito.

HORT. Y yo.

CARLOS. (Toca á un timbre.)
Pues llamemos y á la mesa.

ENRIQ. Hortensia á mi lado.

PEPE. Al mio.

CARLOS. Á mi lado.

HORT. Buena es esa.

CARLOS. (¿Y qué hago con esta otra?
La tendremos prisionera
lo ménos cinco ó seis horas.
Bueno, que tenga paciencia.)

ESCENA VII.

DICHOS, RUFINA.

Entra por el fondo con una fuente de ostras que coloca en la mesa.

RUFINA. (¿Quién será esta señorita?)

Ya está el almuerzo.

(Gritando.) ¡El almuerzo!

HORT. ¡Ave-María!

CARLOS. ¡Mujer!

PEPE. Pero muchacha, ¿qué es eso?

CARLOS. (Á Hortensia.) La chica es un poco sorda.

RUFINA. ¡Cómo sorda! (¡Habrá embustero!)

CARLOS. Y como no se oye, grita.

RUFINA. Sorda yo!

CARLOS. Vaya, sentémonos.

RUFINA. (Bajo á Cárlos.) ¿Quién es esa mujer?

CARLOS. (Bajo.) ¡Calla!

Tú aquí, Pepe, usted en medio.

(Se sienta Hortensia entre Cárlos y Pepe.)

¡Qué bien colocado estoy!

ENRIQ. ¿Y yo, chico?

CARLOS. Al otro extremo.

RUFINA. (Ó á la calle.)

(Enrique se coloca al otro extremo de la mesa.)

PEPE. ¡Buenas ostras!

ENRIQ. Principio de todo almuerzo.

RUFINA. (No, pues lo que es tú no comes.)

CARLOS. Quiere usted más. (Á Hortensia.)

HORT. Lo agradezco.

(Rufina quita el plato y cubierto de Enrique.)

ENRIQ. (Ap.) (¡Ay! ¡Que se llevan mi plato!)

RUFINA. (Hasta la vista.) (Sale, fondo.)

ENRIQ. (¿Qué es esto?

(Cárlos y Pepe contemplan á Hortensia y la hablan y requiebran sin hacer caso de Enrique.)

CARLOS. ¡Es deliciosa!

HORT. ¿La ostra?

CARLOS. ¡Ay! no la boca que veo.

PEPE. ¡Marisco quisiera ser
y mirarme entre esos dedos
y sufrir dos mordisquitos
que me partiesen por medio!

CARLOS. Son excelentes, ¿verdad,
Enrique?

ENRIQ. Sí, deben serlo.

CARLOS. ¿Pero tú no comes?

ENRIQ. No.

CARLOS. ¿No tienes gana?

ENRIQ. Si tengo.

CARLOS. ¡Ah! vamos, que no te gustan.

ENRIQ. ¡Oh! me gustan con extremo.

CARLOS. Vamos, es que te reservas.

ENRIQ. Eso, cabal, me reservo,
digo, me reservan.

CARLOS. (Abriendo una botella.) Vaya
este Sauterne; que es muy bueno.

ENRIQ. Beberé ya que no como.
Es de primera. (Bebiendo.)

PEPE. Soberbio.

ENRIQ. Tomaré otra copa, y otra, (Bebiendo.)
y otra despues, y otra luego.

HORT. ¡Despues de las ostras sabe
de una manera! ¿No es cierto,
Enrique?

ENRIQ. Debe saber.
Vosotros lo sabreis.

RUFINA. (Entrando con otra fuente.) (Vuelvo.)

CARLOS. Aquí viene el entrecote.
Rufina, vaya sirviendo.
(Rufina presenta la fuente á Hortensia.)
Pero un poco más. Hortensia.

HORT. Como poco.

CARLOS. Ya lo veo.
(Rufina presenta la fuente á Pepe.)

PEPE. Yo hago honor á la comida.
(Rufina presenta la fuente á Cárlos.)

RUFINA. ¡Señor don Cárlos! (Bajo á Cárlos.)

CARLOS. (Bajo.) ¡Silencio!
¡Por Dios!

RUFINA. (Bajo.) ¡Esto es un escándalo!

CARLOS. (Bajo.) ¡La última! Te lo prometo.
RUFINA. ¡Esto es una bacanal!
ENRIQ. ¡Por aquí chica!
RUFINA. (Ahora vengo.)
(Rufina sale por el fondo.)
ENRIQ. (¡Ay! que se llevan la fuente!
¡Pero hombre, vaya un almuerzo!
¡Me van á matar de hambre!
Pero yo, ¿qué les he hecho?)
CARLOS. ¡Cómo! ¿Tampoco entrecote?
ENRIQ. Cárlos, mira...
CARLOS. ¡Es un desprecio!
HORT. No tendrá gana.
PEPE. Si está
desganado, es muy violento.
ENRIQ. Pues que tú te empeñas, venga.
CARLOS. No, chico, yo no me empeño.
Si es por fuerza...
ENRIQ. No es por fuerza.
CARLOS. Nada, déjalo.
ENRIQ. Lo dejo.
CARLOS. Te puede hacer daño.
ENRIQ. Bien.
¿Qué vino es este? (Cogiendo una botella.)
CARLOS. Burdeos.
ENRIQ. Beberé, ya que no como.
Una, dos, tres, cuatro... (Bebiendo.)
HORT. ¡Cielos!
Que acaba con la botella
como se le deje tiempo.
ENRIQ. (Bebiendo.) Cinco, seis, siete, ocho, nueve...
PEPE. ¡Que van á llegar á ciento!
CARLOS. ¡Qué atrocidad!
HORT. ¡Pero Enrique!
PEPE. Siempre, siempre acaba en esto.
CARLOS. ¡Pero hombre!
PEPE. Un día se puso
que daba lástima verlo.
Se empeñó que era Colón.
Nos llevó con gran misterio
al estanque del Retiro,
y con un tiempo soberbio,

para descubrir América
en un bote con dos remos
nos embarcamos los tres
con el mayor ardimiento,
y en la mitad del estanque
cogió á un cisne del pescuezo,
y diciendo que era un loro,
nos le trajimos al puerto.

ENRIQ. (Bebiendo.) Catorce, diez y seis, veinte.
Ya estoy que os veo y no os veo.
Hortensia tiene cuatro ojos
y á Pepe le miro tuerto.
Venga el Champagne.

CARLOS. No, más tarde.

ENRIQ. (Cogiendo una botella de Champagne.)
Despues seguireis comiendo.
Ahora á brindar.

PEPE. ¡Á brindar!

HORT. ¡Que brinde Cárlos primero!

ENRIQ. (Abre la botella.) ¡Pum! Principia la batalla

PEPE. Tú ya estás vencido y preso.

CARLOS. Tú, Pepe.

PEPE. (Con la copa en la mano.) Por el amor,
que como el vino es añejo,
ya agrio, ya dulce, y que nadie
se ha cansado de beberlo.

CARLOS. (De pie con lo copa en la mano.)
Yo por los ojos de Hortensia,
hermosos como luceros,
y por la boca y la frente,
y la cara y el cabello,
y las manos y los piés,
y la cabeza y el cuerpo.

ENRIQ. Alto, déjame algo á mí
para brindar.

PEPE. Por supuesto.

CARLOS. Tú, chico, un brindis político.

ENRIQ. ¿Político?

PEPE. Petrolero.

ENRIQ. Corriente, un brindis político.

CARLOS. De pie.

ENRIQ. (Se pone de pie con trabajo.)

Si ya no me tengo.
Va por el sufragio libre.

CARLOS. Muy bien dicho.

ENRIQ. Por el pueblo libre.

PEPE. ¡Que toquen el trágala!

ENRIQ. ¡Por el amor libre!

PEPE. Eso.

ENRIQ. ¡Por todas las libertades!

PEPE. ¡Bravo!

HORT. ¡Elocuente!

CARLOS. ¡Soberbio!

PEPE. Esto ya se va animando.

ENRIQ. No sé cómo acabaremos.

CARLOS. ¡Eres divina!

PEPE. ¡Te adoro!

ENRIQ. Poco á poco, caballeros.

(Rufina entra corriendo por el fondo.)

RUFINA. ¡Señorito, señorito!

CARLOS. ¿Qué pasa?

RUFINA. Sube al momento.
Ahora de un coche ha bajado,
va á llamar.

CARLOS. No te comprendo,
¿quién?

RUFINA. La señorita.

PEPE. ¿Cuál?

RUFINA. Su hija, señor.

CARLOS. ¡Mi hija!

PEPE. ¿Pero
tienes una hija?

CARLOS. ¡Gabriela! (Se levantan todos.)
(¡En qué estado encuentra esto!)
Espera, no abras la puerta.
Mirad, yo os pido, yo os ruego
que os ocultéis.

PEPE. ¿Ocultarnos?

CARLOS. ¡Es tan niña! Del colegio
sale. Si ve este aparato,
¿qué dirá?

PEPE. ¿Por qué escondernos?
¡Hombre, por Dios!

CARLOS. (Bajo á Pepe.) Por Hortensia,
¿no has comprendido?

PEPE. Comprendo.

HORT. Pero ocultarnos, ¿á qué?

CARLOS. (Bajo á Hortensia.) Por Enrique, si está ébrio.

ENRIQ. Mas, ¿por qué razon?

CARLOS. (Bajo á Enrique.) Por Pepe,
¿no ves cómo se halla?

ENRIQ. Cierto.

CARLOS. Un instante... la sorpresa...
yo os llamaré.

PEPE. (Dirigiéndose á la izquierda.) Vamos presto.

CARLOS. (Deteniéndole.) ¡No, por ahí no, por ahí no!
(Por poco si no me acuerdo
de la otra.) Á este gabinete.
Teneis periódicos.

PEPE. Bueno.

(Salen Pepe, Enrique y Hortensia por la derecha.)

CARLOS. (Á Rufina.) Ve á abrir. Ya estoy más tranquilo.
(Sale Rufina por el fondo.)
Tan de repente. ¿Qué es esto?
¡Qué habrá pasado, Dios mío!
¡Qué día! ¡loco me vuelvo!

ESCENA VIII.

CÁRLOS, GABRIELA. Fondo.

Aparece modestamente vestida con hábito del Cármen.

GAB. ¡Papá! (Entra corriendo y le abraza.)

CARLOS. ¡Gabriela! ¿Qué pasa,
qué sucede?

GAB. ¡Papaito,
tú aquí solito!

CARLOS. ¿Solito?
(Pues buena tengo la casa.)

GAB. ¡Qué placer el alma siente!
¡Mirarse á tu lado, aqui!
¿He llegado á tiempo?

CARLOS. Si.

GAB. ¿Si?

CARLOS. ¡Muy oportunamente!
¿Qué es esto? Dame la clave.
¡Tú sola, tú presurosa!

GAB. Pues me ha pasado una cosa
muy grave, pero muy grave.

CARLOS. ¿Grave?

GAB. Si me reconvienes
me muero del sofocon.
Tú me darás la razon.

CARLOS. Ya veremos si la tienes.

GAB. La tengo, bien claro está:
y no me debes reñir
si me he atrevido á venir...

CARLOS. Vamos, bien, principia ya,
tanto preámbulo me enoja.

GAB. Hablo, más no como reo.
Míra: á la hora del recreo
bajé al jardin con la Roja.
Así llaman á Joaquina
por tener muy encarnado
el pelo y muy encrespado
y es más mala que la quina.
Las rubias son las peores
ya desde ántes del diluvio.
¿Verdad que el demonio es rubio?

CARLOS. Los hay de todos colores.

GAB. Habló de una y otra idea,
luego jugamos un rato,
y luego sacó el retrato
de una señora muy fea.
Y me dijo: mírala,
y yo la miré al través
y dije: ¡qué fea es!
y ella dijo: ¡es mi mamá!
Y yo pensé: que lo sea;
si ella es fea tú eres más,
y por no volverme atrás
la dije: pues es muy fea.

CARLOS. ¡Muchacha!

GAB. Se me enfadó.

CARLOS. ¡Eso es, armando belenes!

GAB. Y me dijo: tú no tienes

una mamá como yo.
Y yo la dije: muy cierto,
pero no es ningun pecado.
Yo la tuve y me ha adorado,
pero la pobre se ha muerto.
Y ella con mucha ironía
se puso á reir: ¡já! ¡já!
dijo: pero tu mamá
no ha sido como la mía.
¿Por qué no? Repliqué yo,
mi madre es como tu madre;
y ella ¡quiá! ¡porque tu padre
con ella no se casó!

CARLOS. ¡Eso dijo!

GAB. Así lo oí
y la repliqué con ira:
¡eso es mentira, mentira!
¿verdad que es falso?

CARLOS. Sí, sí.
¿para qué me lo preguntas?
Era un ángel del señor.
¡Tu madre ha sido mejor
que todas las madres juntas!
¡Por eso la hirió la muerte!

GAB. Tú me devuelves la calma.

CARLOS. (*Abrazándola.*) (¡Pobre hija mía del alma,
qué padre te dió la suerte!)

GAB. Verás, seguiré contando.

CARLOS. ¿Aun falta mucho?

GAB. Si tal.
Si falta lo principal.

CARLOS. Di.

GAB. Seguimos regañando.
Me llamó poca vergüenza,
me cogió, me tiró al suelo,
y yo me agarré á su pelo
y la arranqué media trenza.

CARLOS. ¡Gabriela!

GAB. ¡Qué gritería!
¡Qué llantos! Aun los escucho.
Porque la dolía mucho.

CARLOS. Vaya si la dolería.

GAB. La muchacha rabia y llora,
llega de chicas un ciento
y se alborota el convento
y acude la superiora.
Una amiga la consuela,
otra amenaza, otra grita,
y dice la madre Rita:
¡Gabriela! ¡Ha sido Gabriela!
Hay que castigarla, madre,
para cortarla las alas.
Á todas las vuelve malas,
que es mala como su padre.
—¡Qué oigo! ¡Mi padre es un santo!
¡Insultar á mi papá!
Cojo un canto, y allá vá,
la descalabro.

CARLOS. ¡Dios santo!

GAB. Si vieras ¡qué confusion,
qué gritos, qué algarabía!
¡La guardia, la policía,
la chica á la prevencion!
¡Sangre, un tiro, una pedrada!
¡Es un demonio, socorro!
Yo me asusto y corro y corro
y hallo la puerta entornada,
y en la puerta la portera,
y detrás la madre Amparo;
con violencia la separo,
bajo á escape la escalera,
encuentro un coche simon,
le tomo y aquí estoy ya.
¡Ay! ¡no me dejes, papá,
llevar á la prevencion!

CARLOS. (Abrazándola.) ¡Hija mia! ¡Qué has de ir!
¡Que venga la policía.
la guardia! Pero hija mia,
¿qué es lo que van á decir?

GAB. Ella primero ofendió,
y ella me pegó primero.
¡Papá mio! ¡Yo no quiero
ir á la cárcel!

CARLOS. ¡Que no!

GAB. Fué en defensa de mi madre
y porque te han insultado.
CARLOS. (¡Pobre chica! ¡has heredado
la cabeza de tu padre!)
GAB. ¡Qué susto pasé, Dios mio!
¡La prevencion! ¡Fué tremendo!
Pero ahora me estoy riendo.
¿Y sabes por qué me rio?
Porque ya no puedo entrar
en aquel colegio!
CARLOS. ¡Ah! ¿Sí?
GAB. ¡Voy á estar aquí!
CARLOS. Aquí
no sé cómo vas á estar.
GAB. ¡Sor Rita, cómo gritaba!
No te dí mala sorpresa.
(Recorre la habitacion.)
¡Mas, calla! Puesta la mesa.
CARLOS. Sí.
GAB. ¡Cuánta gente almorzaba!
CARLOS. No. tu padre solamente
almorzaba á tu venida.
GAB. Pero si hay aquí comida
para muchísima gente.
CARLOS. Pues cuando tengo apetito
mando traer lo que vés,
un cubierto ó dos ó tres,
y me los como solito.
GAB. ¡Seis botellas para tí!
CARLOS. No es vino.
GAB. ¿Qué no?
CARLOS. No tal.
Eso es agua mineral.
GAB. ¿Es mineral?
CARLOS. De Vichy.
GAB. Hasta hoy no he venido yo
á esta casa. ¡Qué placer!
¿Es buena? La voy á ver.
(Se dirige á la derecha.)
CARLOS. (Deteniéndola.) ¡No, Gabriela, por ahí no!
GAB. Pero ¿por qué?
CARLOS. Está cerrado.

(Hoy me van á volver loco.)
GAB. (Se dirige á la izquierda.)
Voy á ver...
CARLOS. (Deteniéndola.) Por ahí tampoco.
Eso está deshabitado.
GAB. ¿Es tan grande?
CARLOS. Inmensamente.
Un palacio para mí.
GAB. Cabe mucha gente aquí...
CARLOS. Vaya, muchísima gente.
(La lleva á la segunda puerta de la izquierda.)
Mira aquella puerta pasa,
llegarás á la cocina.
Allí verás á Rufina,
que te enseñará la casa.
GAB. ¿Conque me das tu perdon?
CARLOS. Perdonada.
GAB. Voy allá.
Dame un abrazo, papá. (Le abraza con pasion.)
¡Papá de mi corazon! (Sale corriendo.)

ESCENA IX.

CÁRLOS, HORTENSIA, PEPE, ENRIQUE.

CARLOS. ¡Todo se sabe, Dios mío!
¡Cómo la han ido á contar
á la pobre! ¡Qué colegios!
¡Son una calamidad!
(Abre la puerta de la derecha.)
¡Hortensia, Pepe! ¡Salid!
(Salen todos á escena.)
PEPE. Salimos.
ENRIQ. (Completamente ébrio.) Aquí estoy ya.
Pero á mí ¿por qué me encierran?
Á mí se me vá á explicar
lo que pasa aquí!
CARLOS. ¡No grites!
ENRIQ. ¡Yo soy un hombre formal,
una persona decente!
CARLOS. Hortensia, por caridad,
llevésele usted. (Bajo.)

HORT. (Fingiendo enfadarse.) Bien dice,
y no podemos estar
ni un momento en una casa
donde tal trato nos dan.

ENRIQ. Eso es, bien dicho, ese brazo.
(Da el brazo á Hortensia.)
¡Aquí no se puede estar!
¡Aquí no dan de comer
y yo me encuentro muy mal
en ayunas!

PEPE. Vamos, hombre.

ENRIQ. Bien te puedes apoyar, (Á Hortensia.)
que yo te sostengo.

HORT. Vamos.

ENRIQ. Bien dice: vámonos ya.
Te mandaré dos amigos.
Con ellos te arreglarás.

CARLOS. Bueno.

ENRIQ. ¡Soy un caballero!
Mañana vendré.

CARLOS. ¿Te irás?

ENRIQ. Vendré á pedirte... á pedirte...

CARLOS. Bueno, ya sé que vendrás
á pedirme, como siempre.

ENRIQ. Y basta ya de insultar,
y vámonos, porque aquí
peligra mi dignidad! (Salen por el fondo.)

ESCENA X.

CÁRLOS, PEPE.

CARLOS. Gracias á Dios que se fueron.
(Pepe se sienta.)
(Y éste ¿por qué no se irá?
¡Qué posma!) ¿Pero tú, Pepe?

PEPE. Hombre, ¿me quieres echar?

CARLOS. ¿Echarte?...

PEPE. ¡Qué tontería!
Si yo no te estorbo.

CARLOS. (¡Quiá!)

PEPE. Comprendo que no quisieras

que tu hija pudiese hallar
á ese perdido en tu casa,
y á Hortensia, es muy natural.
Pero yo soy un amigo.
Nada de particular
tiene que yo venga á verte.
Vuelve. Me presentarás,
y así podré conocer
á esa perla, que este truhan
nos ha ocultado. ¡Una hija!
¡Quién había de pensar!

CARLOS. Pepe, dame hoy una prueba
de ser mi amigo leal.
La pobre ha venido enferma,
y aunque no de gravedad,
exige mucho cuidado,
y no me puedo apartar
ni un momento.

PEPE. Chico, entiendo.
Me voy.

CARLOS. No te enfadarás
por esto.

PEPE. Vaya un motivo.
¿De qué sirve la amistad?
Yo siento mucho... Hasta luego.

CARLOS. Ven mañana. y la verás.
(Si no voy hasta la puerta
y le empujo, no se va.) (Salen, fondo.)

ESCENA XI.

GABRIELA, JULIA, CÁRLOS despues.

GAB. (Segunda puerta izquierda.)
Ya ví parte de la casa.
¿Dónde se pudo marchar
mi papá? ¡La puerta abierta!
(Mira por la puerta de la derecha.)
¿Por qué dijo mi papá
que estaba deshabitado?

JULIA. (Saliendo, izquierda.)
Nada escucho: ya no están.

¡Qué rato horrible pasé!
(Reparando en Gabriela.)
¡Cómo! ¡Quién viene!

GAB. (Viendo á Julia.) ¿Quién va?
JULIA. (¡Una mujer!)
GAB. (¡Una dama!)
JULIA. (¿Por dónde ha podido entrar?)
GAB. (¡Estaba escondida allí!
¡Y decía mi papá
que estaba deshabitado!)
JULIA. (¿Quién es esta?)
GAB. (¿Quién será?)
JULIA. Señorita... yo...
GAB. Señora.
JULIA. Yo no sé cómo empezar.)
(Entra por el fondo Cárlos.)
CARLOS. ¡Ya se fué, gracias á Dios!
(Reparando en Julia y en Gabriela.)
(¡Adios, otro enredo más!)
GAB. ¡Papá!
CARLOS. ¿Qué quieres, Gabriela?
GAB. (Bajo.) Una mujer... mírala...
¿Quién es?
CARLOS. Yo no la conozco.
GAB. Pues si ha salido de allá.
CARLOS. Entonces, sí la conozco.
GAB. Que no se vaya á llevar
algo, ten mucho cuidado.
CARLOS. Déjame con ella hablar,
y yo la preguntaré...
cuatro palabras no más.
GAB. Yo estoy cerca: avísame.
CARLOS. (¡Cuándo querrán acabar!)
(Sale Gabriela segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

JULIA, CÁRLOS, luego PEPE.

JULIA. ¡Qué día, Cárlos!
CARLOS. ¡Qué día!
JULIA. No me puedo sostener.

CARLOS. ¿Ha oido usted, señora?

JULIA. Nada.
Tuve miedo... me oculté...
allá en el último cuarto.

CARLOS. (¡Gracias al Dios de Israel!)
Conque señora...

JULIA. Me voy.

CARLOS. La niña puede volver:
adios.

JULIA. Pero antes mis cartas.

CARLOS. Es verdad. ¿Dónde tendré
las llaves? (¡Malditas sean
tus cartas! ¡Ay, qué belen!)
Aquí la tengo. (Encuentra la llave.)
(Abre el cajon.) Aquí están.

JULIA. ¡Gracias á Dios!

CARLOS. (Da las cartas.) Tome usted.

JULIA. ¿Cómo pagarle?...

CARLOS. Señora,
con una sonrisa.

JULIA. Es
poco premio.

CARLOS. Con su mano.

JULIA. De amiga. (Le tiende la mano.)

CARLOS. (La besaré,
y me cobraré los sustos
que me ha dado esta mujer.)
(Besando la mano.)
Por una hermosa yo doy
la vida.

PEPE. (Entrando.) Yo me dejé
aquí el baston.
(Coge el baston: al volverse repara en Cárlos que vuelve á besar la mano de Julia.)
¡Mas, qué veo!
¡Hola! Pues ese no fué
de padre, que fué de padre
y muy señor mio. ¡Si es
más bribon! ¡otra tenía!
Aunque se enfade, veré
la cara. ¡Debe ser guapa!
(Se adelanta: Julia se vuelve para marcharse.)

JULIA. ¡Mi marido!
PEPE. ¡Mi mujer!
¡Cárlos!
CARLOS. ¡Pepe! (Ábrete tierra,
y trágaños á los tres!) (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion: el velador vuelve al sitio que ocupaba en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, RUFINA.

RUFINA. ¿Qué tiene usted, señorita?
¿Por qué mudado el color?
¿Por qué con los ojos bajos
no se atreve á alzar la voz?
Cuénteme usted en confianza
la causa de su afliccion
y la juro que el secreto
se quedará entre las dos.
Si es enfermedad moral
la daré un remedio *ad hoc*,
que de males del espíritu
entiendo bastante yo.
No se consuma y la dé
una galopante atroz,
como á aquella Margarita,
y llamemos á un doctor
y la mate á usted el médico
si no la mata la tos.

Gab. Esta mañana papá
me ha dirigido un sermon:
ha dicho que soy muy mala
y que vamos á ir los dos
á ver á la madre Rita
para pedirla perdon,
y que aquí no puedo estar,
que será mucho mejor
trasladarme á otro convento.
¡Dios mío! ¡Yo en reclusion
toda la vida!

Rufina. Ese padre
no tiene perdon de Dios.
No se apure, señorita;
se declara en rebelion,
y yo tambien me declaro
y le decimos que no.
Al principio gritará,
grita una con más furor,
y entonces se ablanda él.
¡Oh! no es tan fiero el leon
como le pintan.

Gab. Conmigo,
Rufina, se ha puesto atroz.
Dice que yo no sé nada,
dice que mi educacion
está atrasada, y que aquí
no puede...

Rufina. Me encargo yo
de la educacion de usté;
que sé más que Salomon.
Coser, planchar y guisar
la enseño por el vapor.
¿Qué más necesita? Nada.
Se queda aquí. Se acabó.
La doy á usted mi palabra.

Gab. ¡Ay! sí.

Rufina. Palabra de honor.
Verá usted qué vida hacemos.
Ya el convento se acabó.

Gab. ¿Qué vamos á hacer, Rufina?

Rufina. Primero la obligacion.

el estudio.

GAB. Eso sí.

RUFINA. Y luego
á vivir.

GAB. ¡Bravo!

RUFINA. Veloz
usted se pone su velo
y yo me pongo el manton
y el pañolito, y nos vamos
hácia la Puerta del Sol
á darnos unos paseos
para tener buen color:
si no hace fresco, se toma,
si á mano viene, un simon;
pero no de los cerrados
porque dan mucho calor,
sino abierto, muy abierto,
de esos que llaman milord,
y nos vamos al Retiro
entre el mundo *com'il faut*
Se da unas vueltas y á casa.
Y si tiene ocupacion
don Cárlos, las dos al teatro,
que es mi deleite mayor.
Á la Infantil ó al Real,
porque, mire usté, en los dos
hay muy buenas compañías
y cantan á cual mejor.
Luego á dormir, y á otro día
se repite la funcion.
Llega el verano: á viajar.
Rufina de usted en pos.
Usted rie y se divierte
y yo estoy ojo avizor
para encontrarla un marido,
una buena proporcion.

GAB. ¡Ay, Rufina!

RUFINA. Un militar,
que son los que dan mejor
resultado. Coronel
ó uno de más graduacion.

GAB. Pero se convencerá

mi papá?

RUFINA. Pues no, que no.
Voy á verle. Si está solo
le planteo la cuestion.
¡Ah! señorita, deseaba
hacerla una observacion.
Cuando venga algun extraño
no le llame usted, por Dios,
papá á don Cárlos.

GAB. ¿Por qué?
Lo es mío. ¿Por qué razon?

RUFINA. Porque él tiene su carácter
y el genio que Dios le dió,
y quizás tenga motivos
y es buena la discrecion.

GAB. Así lo haré. ¡Papá viene!

RUFINA. Déjeme usted.

GAB. ¡Ten valor! (Saliendo.)

ESCENA II.

RUFINA, D. CÁRLOS, fondo.

CARLOS. (¡En buen lío me han metido!)

RUFINA. Señor.

CARLOS ¿Qué quieres?

RUFINA. Quisiera
hablar con usté un instante
de una difícil materia.

CARLOS. Habla, pues.

RUFINA. Tome usté asiento.

CARLOS. Gracias. (Parece la dueña.)

RUFINA. Hay momentos en la vida,
señor, hay en la existencia,
señor don Cárlos, instantes;
hay en el mundo problemas
y circunstancias y luchas,
y llegan horas supremas
en que es preciso, señor,
salvar graves contingencias,
y con ánimo sereno

resolver lo que convenga;
y como el momento es éste
y la hora solemne esta,
no extrañe que mi lenguaje,
y mi voz y mis maneras,
sean dignas, para ser dignas
de la ocasion que se acerca.

CARLOS. (Esta acaba en misionero
ó en cómico de la legua.)

RUFINA. Señor, tiene usté una hija,
alma delicada y tierna,
que sabe poco del mundo
porque ha vivido entre rejas.
Garza jóven, flor silvestre.

CARLOS. Rufina, no seas necia
y no la llames silvestre
ni en metáfora siquiera.

RUFINA. Y esta flor de puro aroma
y esta sensible ovejuela
¿qué amparo tiene en el mundo,
qué brazo que la sostenga,
qué espíritu que la guie
por las zarzas y las breñas
de los caminos del mundo,
en cuyas estrechas sendas
se irá dejando las lanas?...

CARLOS. ¿Cómo las lanas?

RUFINA. Ó sean
las ilusiones. ¿Qué tiene
la infeliz, sino un tronera,
un calavera por padre,
un hombre que solo piensa
en devaneos y amores
y cabalgatas y cenas
con amigos corrompidos
y asquerosas mujerzuelas?

CARLOS. Rufina.

RUFINA. ¿Qué necesita
esa pobre rapazuela
sino ejemplos de virtud,
de constancia y fortaleza,
fé, esperanza, caridad,

castidad y continencia?
¿Qué necesita? ¡Un apoyo,
un brazo que la sostenga!
Señor, ha llegado al fin
para mí la hora suprema.
¿El sacrificio es preciso,
es necesario? ¡Que sea!
¿Una madre necesita?
La tendrá cuando la quiera.
¡Don Cárlos, yo lo seré
y que el cielo me dé fuerzas!

CARLOS. ¿Tú su madre?
RUFINA. ¡Sí, su madre!
CARLOS. Tú dirás, de qué manera.
RUFINA. Don Cárlos, esta es mi mano,
mano de esposa... y de sierva.
CARLOS. ¡Tú mi esposa!
RUFINA. ¡Yo su esposa!
CARLOS. ¡Tú! ¡Tú!
RUFINA. ¿Qué actitud es esa?
CARLOS. (¡Pobre niña! y yo pensé...
¡Dónde tuve la cabeza!)
RUFINA. ¿Usted se asusta, se asombra?
CARLOS. Rufina, toma la puerta.
Haz el favor de marcharte
de mi casa.
RUFINA. ¿Usted me echa?
CARLOS. En pago de tus servicios
yo te daré lo que quieras.
RUFINA. ¡Dinero á mí!
CARLOS. ¡Pero vete!
RUFINA. ¡Que me vaya! ¿Y sus protestas
de amor y sus juramentos?
¿De tantos ayes y quejas
no era acaso el matrimonio
la natural consecuencia?
¿Es que usted pensaba acaso
que yo, que soy tan soberbia,
podía ser lo que son
las damas que usted frecuenta?
¡Ah! señor, no espere gritos,
ni insultos, ni aun indirectas.

Herida en mi dignidad,
sin proferir una queja,
con mi dignidad me voy,
que es lo solo que me queda
Más ¡ah! ¡cómo sin dolor
dejar este hogar, que encierra
tanto, donde yo he vivido
como la concha en la perla!

CARLOS. (¡Ay! ¡qué rato me está dando!)

RUFINA. Aquí está mi vida entera,
mis ilusiones, mi amor,
mis recuerdos. Esa mesa
en donde jugaba al tute
para divertir sus penas.
Ese balcon donde yo
cosí, teniéndole cerca.
¡Ay! ¡señor! ¡yo no me marcho!

CARLOS. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡qué jaqueca!

RUFINA. ¡Amor mío!

CARLOS. ¡Déjame!

RUFINA. ¡Perjuro!

CARLOS. (¡Dios me dé fuerzas!)

(Salen por el fondo.)

ESCENA III.

GABRIELA, izquierda.

Ya hablaron. ¿Si á la razon
le habrá traido? Es cruel
alejarme. Estar con él
es en mí una obligacion.
Aquí sola me han dejado
y allá se van discutiendo.
Pasaré el rato leyendo
unas cartas que he encontrado.
Todas abiertas están.
Poco al dueño le interesa
lo escrito. Al pié de esa mesa
estaban. ¿De quién serán?
(Saca un lío de cartas.)

Repasaremos cualquiera.
Aún perfumada se halla.
«Adorado Fausto.» ¡Calla!
No empieza mal la primera.
¡Fausto!... Pues no es mi papá.
Fausto... ¿Quién será el bendito?
Es uno á quien le han escrito
una ópera quizá.
«Adorado...» ¡Y ya van dos!
Y Sor Inés me decía
que adorar no se podía
más que á Dios y sólo á Dios.
Estaba en error profundo.
Se adora á quien Dios no es.
¡Y qué sabe Sor Inés
de lo que pasa en el mundo!
Esta á su Fausto le adora.
«Mi consuelo, mi alegría,
alma mía, vida mía.»
Pues todo es de esta señora.
No fué poco afortunada.
Se vé que bien le ha querido.
«Sufro al ver á mi marido.»
¡Es una mujer casada!
Sí... lo repite despues.
¡Lo que en el mundo sucede!
¡Luégo una casada puede
querer á dos!... ¡toma, y tres!
Esta es una nueva idea.
Si no enseñan nada allá.
Consultaré con papá
al momento que le vea.

ESCENA IV.

GABRIELA, CÁRLOS, fondo.

CÁRLOS. (¡No se la puede sufrir!
El día bien ha empezado. (Paseándose agitado.)
¿Y el otro? ¡El otro cuitado!
¿Qué se le puede decir?

¿Quién la verdad le revela?
¡Si callo me acusará!)

GAB. (¡Ay! aquí está mi papá.) (Levantándose.)
Papá.

CARLOS. ¿Qué quieres, Gabriela?
Ocupada te veía.

GAB. ¿Puedes oirme un instante?
Una pregunta importante
te quiero hacer.

CARLOS. Sí, hija mía.
Pregunta.

GAB. Preguntaré.

CARLOS. (Será alguna inocentada.)

GAB. Díme, ¿una mujer casada
puede querer á dos?

CARLOS. (Asustado.) ¿Qué?
¿Cómo á dos? ¡Á su marido!

GAB. ¿Y á otro no?

CARLOS. ¿Cuál?

GAB. ¿Otro más?

CARLOS. No, muchacha, no, jamás.
Eso ¿dónde lo has oido?
¿Quién te ha dicho? ¡Yo me espanto!
¡Cómo! ¿Una mujer casada?
¿Y la honra? ¿Y la fé jurada?
¿Y el amor? ¿Y el lazo santo?
¡Eso en la vida sucede!
¡Eso nunca puede ser!

GAB. (Presentando las cartas.)
¿Qué no? Pues esta mujer
quiere á dos, luégo sí puede.

CARLOS. Pero ¿qué mujer es esa?

GAB. Toma, la que esto escribió.

CARLOS. ¿Y qué es eso?

GAB. Leelo.
Estaba al pié de esa mesa.
Una he sacado del lío
nada más.

CARLOS. (Repasa una carta.) Vamos á ver.
(¡Las cartas de esa mujer!
Pero esa mujer, Dios mio!
Claro, en el aturdimiento

las perdió aquí. Maldicion!)
(Guarda las cartas.)
¡Qué es esto! ¡Qué educacion
la han dado á usté en el convento!

GAB. No riñas.

CARLOS. Si reñiré.
Es un pecado, un delito,
el leer un manuscrito,
cartas que no son de usté.

GAB. Leer, papá, no es pecado.

CARLOS. Lea usted un libro, eso es bueno,
un libro instructivo, ameno.
Siéntate.

GAB. (Se sienta.) Ya me he sentado.
¿Leo un libro?

CARLOS. Sí, eso sí.
(Gabriela coge un libro y lee: Cárlos se pasea agitado.)
(Y ahora, ¿yo qué voy á hacer?
No las puedo devolver
con un criado. Hasta aquí
si ella viene soy perdido.
Si voy, con peligro voy.
Dichosa señora! Estoy
por darlas á su marido!
Que perdone. El otro ya
se ha muerto. Eso es, en viniendo
(Gabriela se rie leyendo el libro.)
¿De qué te estás tú riendo?

GAB. De esto que leo, papá.

CARLOS. ¿Y qué es eso?

GAB. Una novela.

CARLOS. Me place: ¿y quién el autor?

GAB. Cárlos Paul de Cock.

CARLOS. (Espantado.) ¡Horror!
No, no leas más, Gabriela.

GAB. Sí quiero, que es muy bonita.

CARLOS. No, que destila veneno.

GAB. Son las trece noches.

CARLOS. Bueno.

GAB. De Juanita.

CARLOS. ¡De Juanita!

(La quita el libro.) ¡Venga: te lo mando yo!
No lo vuelvas á coger.

GAB. Un libro se puede leer.

CARLOS. No, los de tu padre no.
Ese libro perjudica,
es malo.

GAB. ¡Qué frenesí!

CARLOS. Es inmoral. (No, si aquí
no puede estar esta chica.
No puedes, hija, no puedes
estar conmigo.)

GAB. ¿Y qué haré?

CARLOS. Pues nada, paséate
y contempla las paredes.

GAB. Bien, papá. (No se le pasa.)
(Gabriela se pasea por el cuarto y se detiene ante la estátua de la chimenea.)

CARLOS. (Es fuerza que me decida.
Cada paso una caida.
¡Para andar por esta casa
esta chica angelical,
necesita un centinela!)

GAB. Papá.

CARLOS. ¿Qué quieres, Gabriela?

GAB. ¿Quién es esta estátua?

CARLOS. ¿Cuál?
Me costó muchos dineros.

GAB. ¿Es estátua de valor?

CARLOS. Es la estátua del pudor.

GAB. ¿Del pudor? Pues si está en cueros.

CARLOS. (¡Ay! ¡es demasiado lista!)
Está desnuda por hoy.

GAB. ¿Por hoy solamente?

CARLOS. Estoy
esperando á la modista.

GAB. ¡Bonita cara, y qué gesto,
y qué bien formada está!
¡Qué piernas!

CARLOS. ¡Bien, quita allá!
(Baja la estátua de la chimenea, y con ella, cogida por el cuello, recorre la habitacion.)
(¿En dónde meto yo esto?

Bajo este tapete, así.)
(Oculta la estátua bajo el tapete del velador.)
(No la verá de este modo.
Mañana lo vendo todo.)

GAB. (Contemplando el cuadro del fondo.)
¿Y este cuadro?

CARLOS. ¡Ven aquí,
ven aquí pronto!

GAB. Papá.

CARLOS. No des vueltas. ¡Qué veleta!
Siéntate y estáte quieta,
á mi lado.

GAB. Bien está.
(Cárlos se sienta y la sienta á su lado.)
Papá, tú eres muy injusto.
Perdona si te lo digo.
¿Qué he de hacer?

CARLOS. Hablar conmigo.

GAB. Eso sí que es de mi gusto.

CARLOS. Aquí tranquilos y quietos
y juntos vamos á hablar,
y tú me vas á contar
tus cuitas y tus secretos.
Las causas de tu aversion
al colegio. Vas á ser
franca y leal. Quiero ver
cuanto hay en tu corazon.

GAB. Pues sí que he de ser leal.
Ya que me hablas de ese modo
te lo voy á decir todo.

CARLOS. Con un padre, es natural.

GAB. Mis secretos.

CARLOS. Sí, hija mía.

GAB. Porque con secretos vengo.
Pues mira, papá, yo tengo
dos novios.

CARLOS. ¡Ave María!

GAB. El uno es un importuno
y ya muy grave señor.
Los dos me hacen el amor,
pero á mí me gusta uno,
el jóven.

CARLOS. Es natural.
Si es jóven. (¿Quién será, quién?)
GAB. Es guapo y habla muy bien.
CARLOS. ¿Tú le has hablado?
GAB. Si tal.
CARLOS. (¿Pero en qué casa maldita
puse yo mi serafin?)
GAB. En un rincon del jardin
hay una puerta chiquita,
portillo humilde y oscuro
encubierto á todas horas
por cien plantas trepadoras
que casi cubren el muro.
Á mí me ocultan cien ramos.
De otro lado una calleja.
La puerta tiene una reja
y por allí nos hablamos.
Él, con profunda emocion
y con voz que le temblaba,
me dijo allí que me amaba
con todo su corazon.
Allí, temblorosa un dia,
viendo que el alma le elije,
sin saber lo que le dije
le dije que le quería.
Y por breve muy cruel
el tiempo se pasa así,
él escuchándome á mí
y yo escuchándole á él.
Pero si algunas curiosas
se aproximan, nos callamos,
y en silencio nos contamos
con los ojos muchas cosas.
El tiempo se aleja presto.
Nos despedimos los dos.
Él dice temblando, ¡adios!
Yo suspirando contesto.
Con la vista le devoro,
y un último adios le envío
y con la boca le río
mientras con los ojos lloro.
Tales son mis relaciones.

y así he llegado á aprender
lo que es amar y querer,
sin maestros ni lecciones.

CARLOS. ¿Mas tú le conoces?

GAB. No.
Sé que es bueno, amante, fiel,
pero no sé quien es él,
y él ignora quien soy yo.
Me dijo que me querría
toda la vida, papá.

CARLOS. (¡Quién sabe si la querrá
sabiendo que es hija mía!)

GAB. Quiere que un lazo sagrado
nos enlace á él y á mí.

CARLOS. ¡Ah! ¿quiere casarse?

GAB. Sí.

CARLOS. (¡Se vé que es un hombre honrado!)
(Cárlos, apoyada la frente en la mano, se queda profundamente pensativo.)

Pausa — GAB. (Con calma y tranquilamente
lo de mi novio me ha oido.
¡Qué gusto! ¡No me ha reñido!
Dejarle solo es prudente.
Pensativo se quedó.
Esta ocasion es la mía.
¡Ah! ¡qué ventura sería,
juntos, mi padre, él y yo!) (Sale, izquierda.)

ESCENA V.

CÁRLOS.

Habla conciencia dormida.
Cárlos, levanta esa frente
y pensemos seriamente
alguna vez en la vida.
Es preciso meditar
con espacio y resolver.
De esta hija, ¿qué voy hacer?
porque aquí no puede estar.
Esta casa es maleficio
para esa gentil belleza..

¿Cómo podrá la pureza
vivir donde vive el vicio?
¿Mas cómo mandarla allí
donde llegan á insultarla?
¿Pero por qué separarla
con fría crueldad de mí?
Tiene una fortuna, un padre...
¿qué la falta para ser
feliz y honrada mujer?
Sola una cosa, ¡su madre!
Aquel ángel que vivía
para ella, una consejera,
una amiga y compañera,
y amparo y consuelo y guía,
que en ella los ojos fijos
por mañana, noche y tarde,
bajo sus alas la guarde
cual la tórtola á sus hijos.
Mas pues su madre perdió,
y esa es mi falta primera,
todo lo que aquella hiciera
eso lo voy á hacer yo.
Tras el bien seguir su huella,
renegar de mi pasado,
empezar á ser honrado
para ser digno de ella.
Los amigos al olvido,
poner á mis vicios tasa,
purificar esta casa
para que sea su nido.
En tan difícil querella
dos caminos hay aquí:
ó rebajarla hasta mí
ó levantarme hasta ella.
Yo en torpe mundo vivía
y ella del cielo ha venido.
¡Mira á tu padre caido
y levántale, hija mía!
Lancemos la barredera
y echemos el lodo inmundo.
¡Fuera, fuera todo el mundo!
¡Y Rufina la primera!

La hice, necio, concebir
esperanzas. La echaré,
pero yo aseguraré
por siempre su porvenir.

ESCENA VI.

CÁRLOS, PEPE, fondo.

PEPE. ¡Cárlos! (Friamente.)
CARLOS. (¡Pepe!)
PEPE. Aquí me tienes.
CARLOS. (¡El cielo se pone negro!)
PEPE. Vengo á buscarte.
CARLOS. Me alegro.
Tú dirás á lo que vienes.
PEPE. Es fácil de comprender
lo que vengo á preguntar.
Tú me querrás explicar
qué hacia aquí mi mujer.
En la puerta de salida
me detuve y me volví.
y estaba aquí, junto á tí,
luego estaba aquí escondida
y tú la tratabas bien.
CARLOS. Yo te aseguro...
PEPE. Es en vano
mentir. Tú eres un villano.
CARLOS. ¿Yo? ¡Pepe!
PEPE. ¡Y ella tambien!
CARLOS. No la ofendas de ese modo.
Yo soy un hombre incapaz...
PEPE. Tú eres un hombre capaz
de eso y de lo otro y de todo.
CARLOS. ¡Por vida de Belcebú!
PEPE. Me darás explicacion.
CARLOS. Eso sí, de corazon;
eso cuando quieras tú.
Nadie en balde me injurió;
pero quiero hacer valer
que ofendes á una mujer
y que la defiendo yo.

¡Que estás en error profundo!
¡Por la honra de una señora,
yo me bato á cualquier hora
contigo y con todo el mundo!

PEPE. Es proverbial tu hidalguía.
Quieres fingir, halagarme,
y con frases engañarme.
¡Eso es pura cobardía!

CARLOS. ¡Cobarde! Siempre despiertas
tú las violencias en mí.
Baja dos sables de allí
mientras yo cierro las puertas.

PEPE. (Baja dos sables de la panoplia.)
Los bajo.

CARLOS. (Cerrando.) Cierro.

PEPE. Ya está.

CARLOS. Dame uno.

PEPE. (Le da un sable.) Toma.

CARLOS. Aquí mismo.
Voy á romperte el bautismo
con mucho gusto. (Se ponen en guardia.)

GAB. (Dentro.) ¡Papá!

ESCENA VII.

DICHOS, GABRIELA.

CARLOS. Deja el sable.

PEPE. ¿Es tu hija?

CARLOS. Sí.
(¡Si no viene... Dios la envía!)
(Dejan los sables sobre la mesa.)

GAB. Abre.

CARLOS. Ya voy, hija mía.

GAB. (Entrando.) ¿Qué pasa? Gritos oí.
Presumí que una querella...

CARLOS. Nada: estábamos hablando
tranquilos y examinando
esas hojas.

GAB. (¡Es él!)

PEPE. (¡Ella!)

CARLOS. (Presentando á Pepe.) Gabriela, tienes aquí

á un buen amigo.

PEPE. (Ya, ya.)

GAB. Ya le conozco, papá.

CARLOS. ¿Que tú le conoces?

GAB. Sí.
Escucha.

PEPE. (¡Complicacion!
¡Esta es obra de Luzbel!)

GAB. (Bajo.) Si ese me hace el amor.

CARLOS. (Asombrado.) ¡Él!

GAB. El más viejo.

CARLOS. (¡Qué bribon!)

GAB. No me gustó.

CARLOS. (Le reviento.)
¿Pero estás segura?

GAB. (Bajo.) Sí.
Pues si éste ha dado por mí
más vueltas al tal convento...

CARLOS. ¡Basta! Ya me has dicho harto.
(¡El canalla, el miserable!)
(Bajo y furioso.)
Mira, Pepe, coge el sable,
porque ahora sí que te parto.
¡Un casado á una soltera!

PEPE. ¡Y un soltero á una casada!

CARLOS. ¡Tú á mi hija desventurada!

PEPE. ¡Tú á mi mujer hechicera!

CARLOS. Contenerme, francamente,
me está costando trabajo.

PEPE. Pues mira, te espero abajo.

CARLOS. ¿Dónde?

PEPE. En casa de Vicente,
Tiene armas.

CARLOS. Pues bajaré.

PEPE. Él y su hermano son dos
testigos.

CARLOS. Adios.

PEPE. Adios.
(Alto á Gabriela.)
Estoy á los piés de usté.

ESCENA VIII.

GABRIELA, CÁRLOS.

CARLOS. (Paseándose agitado.)
¡Sí, sí, márchate furioso.
¿Conmigo un duelo? Ya, ya.
GAB. ¿Qué te sucede, papá?
CARLOS. ¡Nada, hija, que estoy nervioso!
¿Conque este te enamoró?
GAB. Mucho tiempo me ha rondado.
CARLOS. ¡Conque un casado!
GAB. ¡Un casado!
CARLOS. ¿Mas nunca te ha hablado?
GAB. No.
CARLOS. (Vamos, no pasó adelante.)
GAB. No me gustó: lo repito.
Pero me ha escrito.
CARLOS. ¿Te ha escrito?
GAB. Sólo una carta.
CARLOS. ¡El tunante!
GAB. Me pedía humildemente
no más que una cita.
CARLOS. ¿Qué?
GAB. «Deseo hablar con usté
»dos palabras solamente.
»Escúcheme usted por Dios,
»que un caballero la jura
»que va en ello la ventura
»y la dicha de los dos.»
¡Son frases bien cariñosas!
CARLOS. (¡Qué vergüenza! ¡Yo! ¡En mi casa!
Merezco lo que me pasa.)
GAB. Conque el que escribe estas cosas
es, aunque se muestre amante,
un tunante?
CARLOS. ¿Cómo?
GAB. Dí.
CARLOS. ¿Un tunante? Sí, hija, sí,
¡un grandísimo tunante!
(Coloca los sables: toma el sombrero, mientras

dice lo que sigue.)
(La leccion ha sido ruda,
pero á mí me aprovechó.
Él un pillo y otro yo:
en esto no cabe duda.
¡Voy á buscar al malvado!
si le doy, bien hecho está.
lo merece: si me dá,
me estará bien empleado! (Sale, fondo.)

ESCENA IX.

GABRIELA, ENRIQUE.

GAB. ¡Casado, y qué desvarío
de suspiros y miradas!
¡Pero estas gentes casadas
son malas gentes, Dios mio!
Dar gracias al cielo debo,
pues me sacó del mal paso.
Anda, si yo le hago caso,
valiente chasco me llevo!
ENRIQ. (Desde la puerta del fondo.)
No está en casa, esperaré:
no tengo prisa maldita. (Entrando.)
¡Una mujer!... Señorita...
estoy á los piés de usté.
GAB. Caballero...
ENRIQ. Servidor...
¿Carlillos no está?
GAB. No está.
(¡Carlillos á mi papá!)
ENRIQ. ¿Vendrá pronto?
GAB. Sí señor.
ENRIQ. Pues le espero.
GAB. (Alejandose.) Espérele.
ENRIQ. No se vaya usté, hija mia.
¿Tan mala es mi compañia?
GAB. No tal.
ENRIQ. (Es bonita á fé.
Que es la hija dijo Rufina;
pues él rico debe estar.

Hombre, me voy á insinuar.)
GAB. (¡Ay, Dios! ¡Cómo me examina!)
ENRIQ. ¿Conque usté es su hija?
GAB. ¿Yo?
ENRIQ. Sí.
GAB. (Rufina me ha encargado
que lo niegue.)
ENRIQ. ¿Me he engañado?
¿Hija de Cárlos?
GAB. Yo no.
ENRIQ. Pues se parece bastante.
GAB. No lo soy.
ENRIQ. Creí que sí.
¿Pero vive aquí?
GAB. Sí, aquí.
ENRIQ. (¡Ah, ya caigo! ¡Qué tunante!
Dice que es su hija el bribon
para que la respetemos.
Fuera está: solos nos vemos.
Aprovecho la ocasion.)
¡Ah, qué dichoso es! (Con desenfado.)
GAB. ¿Por qué?
ENRIQ. Por tener tal compañía.
GAB. ¿Sí?
ENRIQ. Yo tambien viviría
con usted.
GAB. ¿Sí?
ENRIQ. Junto á usté,
y la iría á usted mejor.
GAB. (Mejor que con mi papá,
por supuesto.)
ENRIQ. Si él no está
ya para hacer el amor.
Si él la quiere, yo la quiero.
¿Sabe usted lo que la digo?
Que se venga usted conmigo.
GAB. ¡Yo con usted, caballero!
ENRIQ. ¡Á qué viene la sorpresa!
(Acercándose.) ¡Vaya una cara bonita!
(Apoderándose de una mano.)
¡Y qué mano tan chiquita!
GAB. Suelte usted. (¡Y me la besa!)

Suélteme usted. (Retrocediendo.)

ENRIQ. No te vas.

(Aparece Ernesto en el fondo.)

ERN. ¡Ella, Gabriela! ¿Qué es esto?

(Se interpone y rechaza á Enrique con violencia.)

¡Eh, canalla, atrás!

GAB. ¡Ernesto!

ENRIQ. ¿Qué es eso de echarme atrás?

ESCENA X.

GABRIELA, ENRIQUE, ERNESTO.

ERN. ¡Si te vuelves á atrever!

ENRIQ. ¡Gran defensa!

GAB. ¡No den voces!

ENRIQ. Ni siquiera la conoces.

ERN. ¡Me basta con ser mujer!

ENRIQ. Me has levantado la mano.

ERN. Pena justa al insolente.

(Entra Cárlos por el fondo.)

¡Es una niña inocente
á quien ofende un villano!

ESCENA XI.

DICHOS, CÁRLOS.

ENRIQ. ¡Á mí nadie me ofendió!

GAB. ¡Ernesto, no te acalores!

CARLOS. (Adelantándose.) ¡Eh! poco á poco, señores,
despacio, que aquí estoy yo.

ENRIQ. Me alegro. Diré verdades.
Este señor me ha ofendido.

ERN. El señor se ha permitido
aquí ciertas libertades.

CARLOS. (Acercándose.) Señor don Enrique: sé
lo que de sí puede dar.
Vengo de descalabrar
á un conocido de usté.
Ahora le he roto el bautismo
y pronto en cólera monto,

y si no se marcha pronto
voy á hacerle á usted lo mismo!

ENRIQ. ¡Cómo!

CARLOS. ¡Aquí ya no hay bastones,
ni cigarros, ni cerillas,
ni corbatas, ni boquillas,
ni dinero, ni gorrones!

ENRIQ. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡Inmediatamente,
es necesario salir.
Váyase usted á vivir
á costa de otro inocente!

ENRIQ. Insultarme de ese modo.
Tú me darás... Me darás...

CARLOS. Yo no le doy á usted más.
¡Ya se lo ha llevado todo!

ENRIQ. ¡Señor mío!

CARLOS. ¡Borrachin!
¡Rufina!

ENRIQ. ¡Esto es un horror!
(Aparece en el fondo Rufina.)

CARLOS. Pon en la puerta al señor.

RUFINA. ¡Ay! ¡gracias á Dios! ¡Al fin!...

ENRIQ. ¡Señor mío! mandaré
dos amigos.

CARLOS. ¡No, por Dios!

ENRIQ. Dos, sí.

CARLOS. No me mande dos,
si son los dos como usté.
Con usted tuve bastante.
¡Conque á la calle!

ENRIQ. ¡Qué afrenta!

CARLOS. (Á Rufina.) ¡Tú detrás!

RUFINA. ¡Y muy contenta,
llevándole por delante!
(Salen Rufina y Enrique, fondo.)

ESCENA XII.

GABRIELA, CÁRLOS, ERNESTO.

CARLOS. ¡Bravo! El otro mal lo pasa

y se marchan estos dos.
¡Qué dicha! ¡Gracias á Dios,
ya tengo limpia¦la casa!
(Dios quiere que me corrija.)
(Tendiendo las manos á Ernesto.)
Gracias, Ernesto querido.
Á ese ángel has defendido.
¡Has hecho bien: es mi hija!
(Presentando Ernesto á Gabriela.)
Es mi amigo, sin segundo.

GAB. Si yo ya le conocía.

CARLOS. ¿Le conoces? ¡Tú, hija mía,
conoces á todo el mundo!
Que me lo expliques espero.

GAB. Al oido... ven acá. (Bajo á Cárlos.)
(¡Si ese es mi novio, papá,
el de la reja, el que quiero!)

CARLOS. ¡Cómo! ¿tu novio, mi amigo?
¿Estás soñando ó despierta?
¿El del convento y la puerta!

GAB. ¡El que se casa conmigo!

CARLOS. (¡Qué sorpresa recibí!
¡El diablo de la chicuela!)
¿Tú conoces á Gabriela,
Ernesto querido?

ENR. Sí.

CARLOS. ¿Y ella te correspondió?

ENR. Sin duda.

CARLOS. ¿Y tú, la querías?

ENR. ¡Mucho!

CARLOS. Pero ¿no sabías
que era yo su padre?

ERN. (Bajando la cabeza.) No.
¡Hemos sido muy felices!

GAB. ¡Podemos serlo los tres!

CARLOS. Ahora que sabes quién es,
que soy su padre, ¿qué dices?

ERN. (Con amargura.) Ahora, con ojos llorosos,
digo, Gabriela querida,
que es difícil en la vida,
muy difícil ser dichosos!

GAB. ¡Qué!

ERN. Con calma lo pensé,
hoy la quiero todavía,
mañana será otro día,
mañana no la querré.
¿Qué es la belleza? Hoy me agrada,
y me encanta y me enloquece;
mañana no me parece
guapa, ni fea, ni nada.
Mi amor ha sido un delirio.
No nos podremos sufrir.
Ó ser culpable ó vivir
una vida de martirio,
y al cabo darme al demonio
y maldecir mi locura.
Gabriela, adios. La ventura
no existe en el matrimonio.

GAB. ¡Papá! ¡Se marcha! ¡Ha mentido!
¡Ese hombre quiere que muera!

ERN. Cárlos, adios. (Se dirige al fondo.)

CARLOS. Oye, espera.
Ernesto, te he comprendido.
Tu voz, llena de dolor,
me ha herido con su ironía.
Al saber que es hija mía
no la perdiste el amor,
porque eso, aunque no te cuadre,
no es creible, no, mentiste:
la quieres, cual la quisiste,
pero te sobra su padre.
Ella es tu imágen querida,
para ella sueñas un templo,
pero te asusta mi ejemplo
y el contagio de mi vida.
Piensas que la manchará
este lodazal inmundo.
¡No tengo más en el mundo,
Ernesto, llévatela!
Que sólo para tí sea.
Id lejos, lejos de aquí,
donde no me escuche á mí
y donde nunca me vea.
Yo en pago de mis errores

solo concluiré mis días
sin ver vuestras alegrías
ni partir vuestros dolores.

GAB. No le supliques, papá.
Desde que hablar le escuché
le he comprendido. Bien sé
por qué no me quiere ya.

CARLOS. No, su amor no es un capricho.
Te quiere.

ERN. ¿Por qué no, dí?

GAB. Por lo que dicen de mí
en el colegio.

ERN. ¿Qué han dicho?

GAB. Que yo no puedo ser buena.

ERN. ¿Por qué?

GAB. Porque mi papá
no se casó con mamá.

ERN. (Corriendo á ella.) No, Gabriela, no: condena
tal pensamiento villano
y la infame ofensa olvida.
Yo te doy mi alma, mi vida,
mi corazon y mi mano,
y tú llevarás mi nombre
y á tus piés viviré amando.
(Cayendo de rodillas.)

CARLOS. (¡Qué lecciones me está dando
este demonio de hombre!)

ERN. ¿Y tú me querrás?

GAB. Sí, sí.
¡Qué venturosos seremos!
Pero oye, no nos iremos
solos, tan lejos de aquí.
Vivir aquí mejor es,
en paz y en gracia de Dios,
juntos, juntitos los dos,
y si tú quieres, los tres.
¡Los tres! ¡Qué fuera de mí
sin él! Yo no le condeno.
Él ha dicho que no es bueno,
pues yo te digo que sí.
Ha sido bueno, lo es
y lo ha de ser, ya verás.

¿Verdad que tú lo serás?
CARLOS. ¡Lo juro por tí!
GAB. ¿Lo ves?
En la presencia de Dios
nos lo ha prometido aquí.
Lo será por mí.
ERN. (Tendiendo la mano.) ¡Y por mí!
CARLOS. (Abrazándolos,) ¡Sí, hijos mios, por los dos!
Bendigamos nuestra suerte,
cobijaos en mis brazos,
hagamos tan fuertes lazos
que resistan á la muerte.
Así todo se concilia.
Reid: quiero ver reir.
¡Ah! que ventura es vivir.
ERN. ¿SIN FAMILIA?
CARLOS. ¡Con familia! (Cae el telon.)

FIN.

...NTO Á LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1885.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Baltasar y Rafael	1	Sres. Tormo y Pinedo	Todo.
Registro civil	1	D. Emilio Sanchez Pastor	»

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
¡Quién fuera ella!	1	Sres. Perrin, Palacios y Nieto.	L. y M.
El puesto de las castañas	1	D. E. Navarro	L.
El rey reina	3	Sres. Tormo y Nieto	L. y M.
La guerra alegre	3	Casademunt y Henrich	L.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.